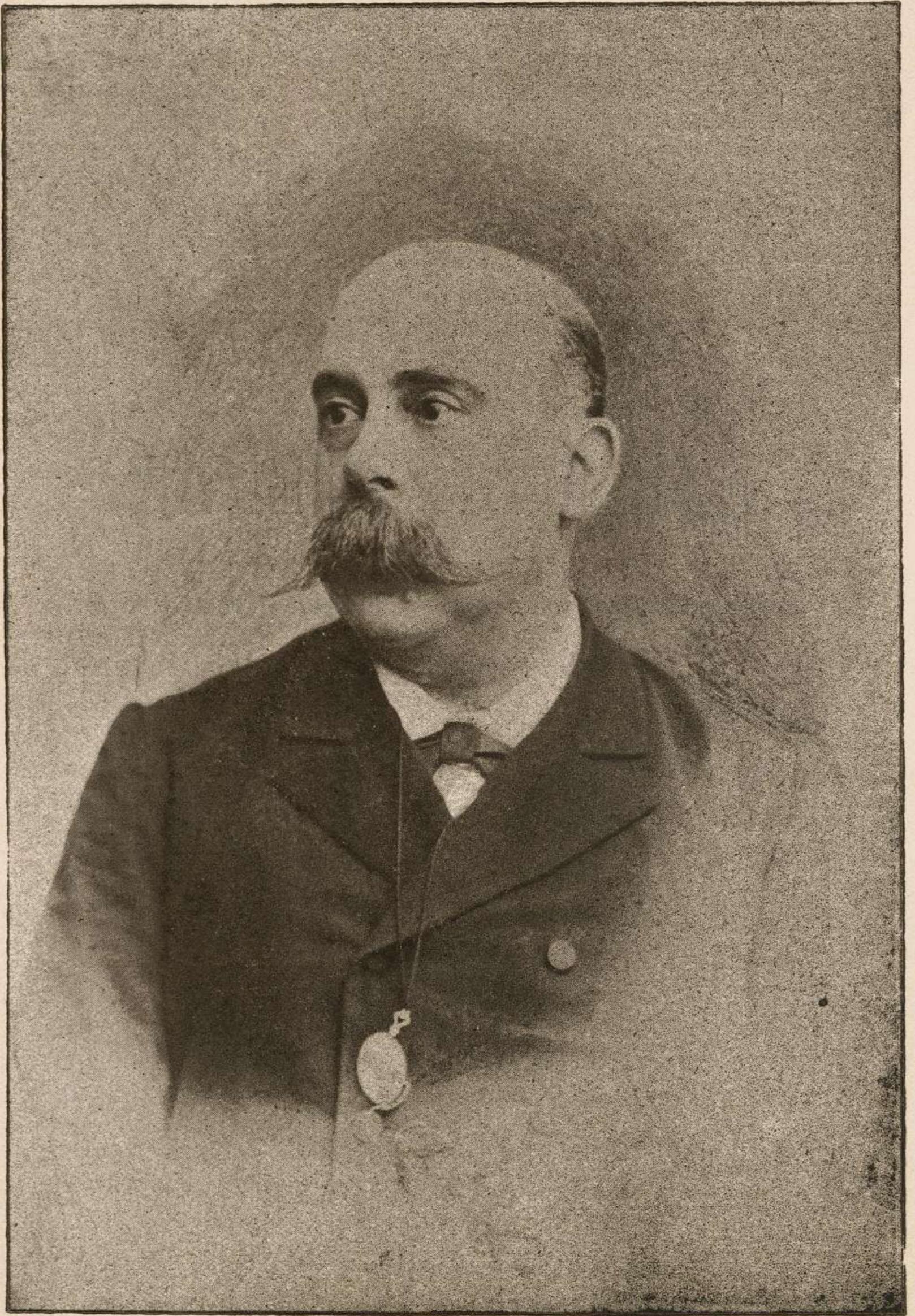


EMILIO CASTELAR,

El gran tribuno español, cuyo monumento inauguró en Cádiz, el Sr. Moret,
en medio del mayor entusiasmo popular.



OCTUBRE DE 1905.

REVISTA MODERNA DE MEXICO



DIRECTOR, JESÚS E. VALENZUELA. CONSULTOR ARTÍSTICO, JESÚS URUETA

DEL LIBRO "PAIS DE MUSMES, PAIS DE GUERRA."

El partido de la guerra;

los mariscales Yamagata y Oyama; sentimientos bélicos de los japoneses

El partido que contribuyó en mucho á hacer fracasar los proyectos del Marqués Ito, fué el partido de la guerra: el Mariscal Yamagata, representante del Consejo de los Genros, fué quien decidió finalmente el conflicto con Rusia: el Marqués Ito vacilaba aún, los Condes Matsukata é Inouye estaban indecisos á causa de las finanzas; no hablo del Mariscal Oyama, quinta rueda de una carreta, que se deja convencer fácilmente. Por otra parte, como recompensa, y para que no cambiara de opinión, debía enviársele el mes de Agosto á Mandchuria á recoger los laureles que le habían preparado inteligentes y modestos subordinados.

¡Bravo Mariscal Oyama! Nunca me hubiera supuesto que llegara á tanta gloria. Muchas veces tuve oportunidad de encontrarle en Tokio antes de su partida; en realidad, no tenía aspecto de poseer tan brillante genio.

Fisicamente, es de gran talla para un japonés, grueso y rechoncho. Su cara, siem-

pre afeitada, es larga, plana, y acribillada como una espumadera, de picaduras de viruela; su nariz es abierta; su boca sin expresión y sus ojos sin malicia. Es un bravo y buen hombre, incapaz de matar una mosca. Si hubiera sido él sólo, me habría yo preguntado cuál sería la suerte del ejército japonés; pero á su lado, hablando por él, obrando por él, aun gesticulando por él, un enérgico hombrecillo de ojos radiantes de inteligencia, de labio voluntarioso bajo el pequeño bigote negro, demostraba muy bien que si Oyama debía llegar á ser un hombre ilustre, lo debería á Kodama.

Por otra parte, esta es la costumbre japonesa: todo producto debe llevar una hermosa etiqueta.

Pero volviendo al partido de la guerra, no hay para qué decir que su triunfo es absoluto é indiscutible.

La verdadera industria nacional del Japón es la guerra; es la única que le conviene, la única que le produce.

¿No es, pues, la indemnización china de 1895, la que le permitió llegar á 1900? ¿No es el pillaje metódico de los bancos de Pekín por las tropas disciplinadas, lo que le permitió también llenar sus nuevos presupuestos? Viva la guerra; los armamentos son una buena inversión.

¿Hubiera el comercio producido jamás otro tanto? y, sobre todo, ¿hubiera dado resultados tan brillantes? ¿No, verdad? Pues bien, ¡viva la guerra!

En efecto, he ahí el grito popular en todo el Japón.

Cuando nos encontramos en presencia de un pueblo, que de la noche á la mañana puede convertirse en adversario, no basta estudiarlo en los libros, consultar las estadísticas sobre sus recursos, ó creer en los discursos de sus ministros; es preciso, ante todo, conocer su estado de ánimo; porque tal estado de ánimo será la causa terminante de los acontecimientos futuros.

Los rusos lo ignoraban, y ese fué su mayor error.

El estado de ánimo del Japón es de los más característicos. Todo lo que he visto, todo lo que he oído, todo lo que he leído, me ha proporcionado cada día nuevas pruebas para convencerme de que los japoneses forman un pueblo belicoso, que ama la guerra por la guerra: su ambición está en la conquista, su nobleza en la batalla, su alegría en la sangre. No ha estimado jamás de una manera sincera, sino á los que sirven á las armas, y un poco también á los que las fabrican: pero ahí se ha detenido su estima.

Por esto es por lo que todo lo que hay de noble, de inteligente y desinteresado en la nación, está destinado á la guerra; el resto no se tiene en cuenta.

Toda la historia del Japón, no es sino un perpetuo combate. Cuando los japoneses no luchan contra el extranjero, se baten entre ellos. Jamás pueblo alguno del mundo ha tenido tal culto por las armas. Los Daimios y los Samourais, eran los únicos que representaban á la nación; y, bien que oficialmente hayan perdido sus privilegios, se puede sostener abiertamente que su espíri-

tu es aún lo que anima al Japón moderno. Para un japonés no es sólo una gloria batirse, sino su única alegría. Su desprecio de la muerte, su orgullo feroz, su bravura ostentosa, y, hay que decirlo también, sus instintos de crueldad, sus sentimientos de rencor, su astucia y su perfidia, todas sus cualidades y todos sus defectos, contribuyen á formar del japonés el guerrero á la vez más valiente, más sanguinario y más temible que existe en el universo. Su carácter es felino: ataca astutamente como el tigre; pero una vez trabado el combate, lo sigue con ferocidad y perseverancia, y lucha hasta perder la última gota de su sangre. Por atavismo, tiene el disimulo del chino, su crueldad velada, su arte á la vez monstruoso y exquisito, y también su exagerada urbanidad, su refinamiento de elegancia y suprema hipocresía. Del malayo, por el contrario, conserva la bravura de macho y cierta brutalidad más franca, pero siempre el amor á la carnicería.

Esta sorprendente mezcla de sentimientos tan diversos, es lo que hace que el japonés sea aún tan mal comprendido en Europa en nuestros días. Se le apellida con simpatía «el japonésito;» se le considera como frágil y delicado, simplemente inspirado de arte y de belleza, y, en fin, se le admira de habernos imitado con tan maravillosa destreza.

Sobre todo, se encuentra original á este buen discípulo, que vapulea á su profesor.

¿Hasta dónde ha llegado tan buen discípulo? He aquí lo que no nos hemos preguntado aún lo bastante.

Y ahora, para batir á los japoneses, los europeos deben ser no sólo iguales en número, sino aun superiores: hay que tener la sensatez de confesarlo.

Hay que decirse que, desde la infancia, en este país donde los colegios se parecen á los cuarteles, el joven japonés es educado en un espíritu de sumisión y de disciplina, que contribuirá más tarde á hacer de él un soldado presto á ejecutar todas las órdenes, sin pensar siquiera en discutir las. Además, en todas las escuelas, se dedican los maes-

tros á desarrollar en sus alumnos el patriotismo más ardiente, yo diría, una especie de fanatismo en que no entra solamente la idea de la patria tal como la concebimos en Europa, sino también el odio y el desprecio por el extranjero. En fin, los maestros se esfuerzan en exaltar la imaginación de los jóvenes japoneses, recordándoles sin cesar el origen de su pueblo, cuyo soberano mismo desciende del sol en línea recta. Les recuerdan igualmente, que los héroes se convierten en dioses (ó, según otro sistema filosófico, forman parte de la divinidad). Por esto es por lo que, hijos de dioses, debiendo convertirse en dioses más tarde, deben despreciar esta humilde vida, indigna de su inmensa grandeza.

Es, pues, fácil, imaginarse el estado de ánimo de estos niños á los cuales se inculcan semejantes ideas. El patriotismo se convierte en una especie de orgullo de raza; la divinidad, todo lo que hay de grande, de noble, de superior en el universo entero, se resume en estas dos palabras: «Dai Nippon» (el gran Japón). Y los jóvenes japoneses, concibiendo vagamente todas estas ideas, están llenos de admiración y de respeto por todo lo que representa el «Dai Nippon,» por el Mikado, por los antecesores, y aun por la naturaleza misma: una flor del Japón, es una parte del «Dai Nippon.»

Inútil es agregar que los japonesitos, sintiendo que forman parte del «Dai Nippon,» están igualmente llenos de admiración por sí mismos.

De allí nacerá, para desarrollarse durante toda su vida, esa vanidad insoportable que glorificará sus menores actos, pero que, á veces, cambiándose en sublime fiereza, engendrará todos los heroísmos.

Evidentemente, muchos japoneses, llegados á la edad viril, se vuelven muy escépticos respecto á lo que sus maestros les han enseñado; pero no es menos cierto que su carácter se ha formado ya en el sentido deseado por esos mismos maestros, y no cambiará.

No discutiré aquí las ventajas ó los inconvenientes que provienen del espíritu de la

educación japonesa. Me limitaré á reseñar simplemente sus resultados desde el punto de vista militar. Desde luego, como lo he dicho, produce un gran hábito de disciplina. Todos los caracteres son templados en el mismo molde. Ningún japonés tiene idea alguna personal; es un cero individualmente. Tiene siempre presente en el espíritu, que no es sino parte de una colectividad. No vive, pues, sino para ésta. Encuentra natural obedecer pasivamente, no ser cosa alguna para sí mismo. Pero, por otra parte, como está persuadido de que la colectividad de que forma parte, constituye todo lo que hay de superior en el mundo, siente un inmenso orgullo de ser confundido en ella: no concibe que se pueda prosperar ó siquiera vivir fuera de ella. Partícula del «Dai Nippon,» el japonés no tiene vida individual: de allí el patriotismo más feroz y más intransigente que pueda existir; de allí igualmente la exaltación colectiva en el campo de batalla, que hace al ejército japonés casi invencible. Porque el ejército japonés no es una reunión de seres personales que piensan y reflexionan individualmente; es un inmenso cuerpo animado por una sola alma, el alma del «Dai Nippon.»

Por esto es por lo que, cuando el Almirante Togo ó el Mariscal Oyama, terminan el informe de sus victorias, diciendo que no se deben sino únicamente á las ilustres virtudes espirituales del Mikado, no hacen en manera alguna el papel de cortesanos, sino que dicen simplemente la verdad, pues el Mikado encarna el alma del «Dai Nippon.»

He aquí, pues, un hecho brutal que sofoca toda otra consideración militar: el Japón es casi invencible, á causa de las fuerzas morales de su ejército.

Una disciplina perfecta, un desprecio completo de la muerte, un verdadero fanatismo patriótico, he allí más de lo que se necesita para explicarse los éxitos japoneses, fuera de toda cuestión técnica.

Agregaré que este ejército ha hecho la guerra actual con gusto; era una guerra deseada desde hacía mucho tiempo, una guerra popular, una guerra de raza.

Todos los componentes de este ejército, desde los generales, hasta los más humildes soldados, no obedecen sino á un solo sentimiento; morir por el gran Japón, primero que retroceder una pulgada ante el enemigo!

Tanto heroísmo es espléndido. Yo no amo al Japón, pero admiro profundamente á sus soldados.

Lo repito, pues; es preciso tener el buen sentido de darse cuenta de que, para batir á los japoneses, á menos de circunstancias especiales, es necesario oponerles un número de hombres por lo menos igual, si no superior.

Porque no solamente el espíritu del ejército japonés es el que acabo de describir, sino que su organización es perfecta, y su armamento excelente. En cuanto á los oficiales, dan pruebas de un valor y de una resistencia verdaderamente notables. Tienen el sentimiento de su deber elevado á un grado superior, y un desprecio por la muerte extraordinario. Teniendo en sus manos soldados dóciles y sumisos, que no tienen ideas personales, logran, con la mayor facilidad, inculcarles sus propias cualidades; podría casi decirse, que los hipnotizan, como ellos mismos son hipnotizados por el espíritu del «Dai Nippon.» ¿Qué haría este ejército si tuviera á su frente un Napoleón? ¡Causa miedo pensarlo!

Pero yo creo precisamente que la cabeza es el punto vulnerable de este ejército. El pueblo japonés asombrará al mundo por la fuerza y la energía de su colectividad, pero en revancha, no producirá jamás verdaderos genios individuales.

Es muy necesario darse cuenta de este hecho: los japoneses son maravillosos para ejecutar con método y precisión un plan de campaña concebido de antemano, y estudiado detenidamente por todo un Estado Mayor. Pero si ese plan se hace súbitamente impracticable á consecuencia de una circunstancia imprevista, no se encontrará jamás entre sus jefes, un hombre capaz de tener un relámpago de la inteligencia necesaria para concebir rápidamente la nueva situación, y dar inmediatamente las nuevas órdenes consiguientes.

Hay, pues, que combatir á los japoneses de una manera especial, y servirse contra ellos de ese espíritu de inventiva, y de esa rapidez de concepción, que forman la única y verdadera superioridad de la raza blanca.

Pero, en todo caso, hay que convenir, que desde el punto de vista del valor y la disciplina, los soldados japoneses son enteramente superiores, y que la organización, el armamento y la administración de su ejército, valen tanto como los nuestros.

CHARLES PETIT.



CURRUCUCÚ

La cantimplora cuelga, que ya bebiste
entornando tus ojos de gris azul,
reclínate mas oye qué voz tan triste:

Currucucú!

Es el palomo blanco de pies de rosa
quiebra, niña, tu talle que es de bambú;
reclínate en mis brazos, eres mi diosa

Currucucú!

Espónjate en el nido de mi deseo,
paloma blanca y nívea toda eres tú,
de mi ala te estremeces al cosquilleo

Currucucú!

Tu tez de concha-nácar amor enciende
en tu cuerpo vibrante de juventud:
oye qué dulce canta . . . y ella lo entiende . . .

Currucucú!

Él es rey; en sus ojos tan encarnados
arde el fuego selvático de nuestro sur
Es el sultán ardiente de nuestros prados . . .

Currucucú!

Y ella es como tú eres, nívea y sedeña,
tu vello y sus plumones son de tisú;
te hace soñar mi canto y ella en él sueña

Currucucú!

Ella es mórbida y tú eres copo de nieve
cuajado en una Venus de sangre y luz;
sus pies son pequeñitos y el tuyo es breve

Currucucú!

Su sangre es ardorosa cual sangre hebrea,
tu sangre es de Circasia y es de Stambul,
en ti el placer y en ella vivo aletea

Currucucú!

Acerca tu piquito, paloma mía,
abre tus brazos blancos y cae en cruz
¡La cantimplora henchida te dió alegría!

Currucucú!

Sueltas tu cristalina risa de amores,
y á nuestros dos reclamos de juventud,
ella plañe y tú ríes entre las flores:

—¡Currucucú!

—¡Currucucú!

RUBÉN M. CAMPOS.



A BORDO DEL TORPEDERO

El espolón del torpedero hendía el elemento, que hervía á los flancos de su coraza y rebrincaba frecuentemente sobre la lámina del puente adonde pateaba un subteniente febricitante. De tiempo en tiempo, la chimenea pesada se empenachaba de sombra, de chispas, y el viento abatía á la izquierda aquel humo pestilente. El ritmo de la máquina jadeaba, marcando el rumor infinito. Las olas rechonchas rodaban al rápido buque entre las hinchazones de sus lomos movedizos, que se inclinaban para inflarse, espumar y abatirse.

Sacando medio cuerpo de una escotilla, un marinero de las calderas respiraba. En la rueda del timón dos formas ágiles se afianzaban y se movían. Los hombres de cuarto, sentados, canturreaban la cantilena de un «guidayou,» escuchada en un establecimiento de Yokohama, una cantilena alternativamente lacrimosa y burlona que contaba las aventuras de una gueisha y de los samurais galantes.

Un minuto el subteniente Fusikawa se complació en oírlos. Se representó la sala de ese espectáculo popular, la escena exigua, la tocadora de samisen y su rostro oval un poco simple y también el rostro animado de la lectora imitando las voces reales de cada héroe, con las entonaciones diferentes y los gestos de sus sentimientos. Una vez había entrado en uno de esos lugares en que se reía con la fácil risa de sus compatriotas, y había quedado sorprendido al re-

conocer uno de sus propios gritos proferido por la lectora del poema.

Aquel grito, en otro tiempo, había brotado de su pecho, una noche de amor, en los jardines de Cannes. En misión de estudios en los arsenales marítimos de Tolón, había debido, por prescripción médica, tomar un mes de reposo urgente, pues su asiduo trabajo lo había debilitado. Allí, algunos aspirantes de la flota francesa lo habían presentado en el mundo fácil y brillante de La Riviera.

No obstante su astucia nativa, á pesar de las advertencias de sus camaradas franceses, Fusikawa al principio se deslumbró. No pudo creer que tanta distinción, franca alegría, verdadera inteligencia ó habilidad fingida, pudieran adornar á inmundos caracteres. Si desconfiaba un poco de los hombres, adoró á aquellas mujeres ondulantes, de rostros pintados como máscaras de teatro. Criatura bruna y dorada, de largas pestañas vibrantes, Natacha Danilow le había parecido la más radiosa.

Y en aquella fría noche de guerra en que se unían en un caos verdoso el mar y el cielo infinitos, en que la ráfaga sacudía el pabellón que chasqueaba en el ástil del torpedero, Fusikawa saboreaba aún el entusiasmo, el éxtasis mismo que lo habían conmovido, hacía veinte meses, al entrar en el hall del Hotel Americano la noche de un concierto de Caridad. Fuera de una coraza de azabache blanco, las espaldas de nácar habían lu-

cido y los dos globos del seno levantado y los brazos flexibles. Hoy los deseaba no menos intensamente que en aquella fecha del pasado. Y la camelia roja en el turbante de la cabellera sombría, y la nuca fina, y la sonrisa sangrienta de la faz oblonga y los grandes ojos ávidos aún de divisar todo un horizonte de estepas en aquella alta sala blanca, saturada por el perfume de las mimosas, de las lilas y de las rosas purpúreas. Aquel olor pesado y suave de flores amontonadas en una galería llena de mujeres acaloradas y de hombres concupiscentes, que caldean innumerables luces, creyó el joven respirarlo en el aire frío y salino que azotaba su rostro. Que el aspirante Paul Denis, muchachote listo lo hubiese persuadido para que escogiera un anillo que engarzara una perla de veinticinco luises y enviársela con su tarjeta á la bella, eso ya no contaba su recuerdo. El subteniente Fusikawa se acordaba únicamente de la flora tropical del hotel, alumbrado dos noches después por lunas eléctricas y la aparición de Natacha brincando y riendo. ¿A dónde está mi japonés? ¿A dónde está mi «flirt» amarillo? Porque han de saber ustedes, señores, que soy amada del Asia! . . .» Volvía al hotel después de su paseo. No traía corsé bajo el vestón de hombre, á cuadros grises que llenaban los senos y que ornaba, en el ojal, un capullo de tulipán. Una corbata de seda azul sostenía el rostro pintado. La falda de andariega no ocultaba las botas altas de piel de venado blanco y con cintas de seda. La mujer se había sentado junto á él, en la otra silla mecedora. Meciéndose larga y graciosa, le había dado las gracias por su galantería, mientras que él disimulaba, bajo una sonrisa muda de fatalista, las angustias de su pasión. Y el fieltro que la cubría tan gentilmente. Y aquella mirada de promesa risueña! . . .

Qué quedaba de todo aquello, sino el más dulce recuerdo de la memoria? Ahora, sobre ese mar amorfo y rugiente, en el rudo frío que mordía las uñas. Fusikawa se iba hacia la tierra para sorprender y asesinar á aquellos cuyas costumbres y amores, gustos y

espíritu habían concebido y producido luego á la criatura maravillosa. Y en aquella su misión de marino, la de su raza, llamada á civilizar los imperios de la China y hacerles reponer el tiempo perdido, durante un sueño de cuatro siglos, para asombrar al mundo en seguida, por sus artes insignes, por una ciencia igual á la del Occidente maestro. Entonces el planeta pertenecería á los hijos de Sol Levante que lanzarían sobre los territorios del Poniente cuatrocientos millones de amarillos, á fin de unificar los esfuerzos, de concluir la tarea humana, de conquistar más pronto los misterios de la naturaleza, para saciar la curiosidad de las aristocracias y el hambre de los pueblos. Ante un designio tal, qué importaba un estremecimiento de amor resentido antaño durante la laxitud de una enfermedad? Por lo demás, qué había sido de Natacha Danilow? En qué ciudad balnearia paseaba al ingenuo efebo que se había casado con ella ofreciéndole su corona de vizconde y cien mil libras de renta, á pesar de una noble familia enloquecida por aquel absurdo matrimonio? Fusikawa se condolió de la suerte de aquel niño, que un barón austriaco recién salido de las prisiones inglesas, había sitiado para arrojarlo con la Danilow, y tenerlo á merced suya, con su bolsa, en los lagos de la Belleza.

Nunca Fusikawa se había explicado á la aventurera á quien había obtenido, no menos por los prestigios del espíritu que por los dones de joyas. Diciéndole su rabiosa vida de labor y de ambición patriótica, la había sorprendido y entusiasmado al instante. ¿Ella misma, no había, acaso, desde los quince años, dejado la tierra de los Danilow, toda una vida vasta y poderosa, un imperio sobre los mujiks, á fin de fugarse á Petersburgo con una amiga nihilista y en las buhardillas de un cuartel popular, trabajar entre el número de los estudiantes de medicina, hija de mercaderes que querían emanciparse por las victorias de la inteligencia? Enamorada de un profesor alemán había compartido la pobre existencia del herr Doctor, en Ginebra, donde enseñaba

matemáticas, después de haber sido conducido á la frontera rusa por cultivar relaciones con los revolucionarios. Pero él la había dejado, loco de miseria, sin empleo. Sola ella había vuelto á París. En vez de encontrar á los franceses de la leyenda, los franceses generosos, poetas, dispuestos á todos los impulsos, no había visto más que la sonrisa burlona de una juventud vulgarmente viciosa y cínica, enervada por todos los escepticismos de la escuela y de las tabernas, una juventud á quien no había que hablarle de «música celeste!» «Música celeste,» la revolución liberal, la emancipación de la mujer, la independencia de la Armenia destrozada! «Música» la revancha sobre Alemania y la devoción por los débiles! Música la galantería francesa y la renovación social! Un camarada á quien había escogido una mañana de embriaguez primavera, la había llevado á las carreras, le había enseñado á jugar el valor de un «outsider» por la apariencia del estiércol; la había demostrado que sólo un Dios, el Dinero, merecía un culto; la había conducido á los cafés concierto, donde se aullan las canciones ineptas, y á los teatros, donde se cocina el eterno adulterio de los vandevillistas, sólo por eso ilustres. Y así Natacha, prontamente, había conocido una Francia distinta, una pobre Francia real y miserable, la que vilipendian las gacetas protestantes del Norte. Entonces su sueño había caído. En seguida hubiérase vuelto á Rusia, al dominio de los Danilow, si el orgullo no le hubiera impedido recurrir al perdón de los suyos. Había dejado que la vida la arrastrara en un torbellino de brillantes pecados hasta que un viento de azar la condujo entre la gente de la Riviera.

Juntos el Japonés y la Rusa se habían confiado su decepción. Sin embargo, él, por fortuna, había encontrado sabios teóricos y marinos enamorados de su deber, aunque bien sabía que no eran sino una pequeña minoría perdida entre la multitud. Y su capricho había concluido en una hora de razonamientos elevados en que habían maldecido esa vieja civilización latina despojada

de sus grandes tradiciones, sin haber podido revestir el alma positiva y comercial de los Vikings. ¿Cómo una mujer inteligente, como Natacha Danilow, vivía así en la abyección? Fusikawa no podía explicárselo, aunque la luna desenmascarada suscitara á lo lejos el lago de azogue en el caos de las sombras y de las corrientes.

Prefirió la vocación de las voluptuosidades, ciertas horas de lujuria en el lecho de cobre macizo, sobre la colcha de amarillo raso, donde se había retorcido el bello cuerpo lácteo de la Eslava. He allí lo que sabía del alma rusa, cuya potencia le era preciso destruir, sobre esa tierra revelada á la derecha por el parpadeo de los faros y los gestos de un rayo eléctrico que barría la derrota de las nubes.

Entonces, reflexionando en esas vistas occidentales, le volvió el desprecio de sus actos que no igualaban á sus sueños. Esa Natacha había querido renovar el espíritu de los hombres por la fraternidad, y no había llegado sino á aventuras de hostería cosmopolita, como la Francia que había soñado la independencia de los pueblos para agotarse en las discusiones bizantinas de una mediocre política interior hecha de bajas querellas y de turbios negocios. Ellos, los japoneses, ellos, la raza reposada por cuatro siglos de sueño, sí eran capaces de juntar la acción á la voluntad. Por aquella noche de guerra, la flotilla se abalanzaba contra los cruceros del zar adormecidos en la rada. El despertar del Oriente iba á sacudirse en medio de las razas abrumadas por la fatiga del esfuerzo, capaces aún de esperar, incapaces de realizar sus esperanzas.

Ya se agrandaba la línea más negra de la costa lentejueleada por las luces. Todo el mar se precipitaba contra los cantiles abruptos y arrojaba sus fantasmas de espuma al asalto de las tierras oscuras. Semejantes á islotes industriales coronados por chimeneas de fábricas, los navíos se revelaron inmóviles, por sobre los movimientos de las olas. Los pequeños hombres amarillos salieron de las escotillas. Fusikawa no pensó más que en repetir las órdenes del capitán,

severo y barbudo, sentado como un bonzo de marfil en su banco. Un relámpago, otro, tres, iluminaron á la izquierda un acorazado, sus lanchas, el metal del reducto. El torpedero vibró, luego pareció, bajo los pies del subteniente, estremecerse, mientras que se derrumbaba el trueno de la detonación. Fusikawa sintió trepidar su cerebro y sus nervios todos. El sonido de una orden hirió su oído, y maquinalmente, su voz refleja clamó las imprecaciones consecutivas al mando. Los hombrecitos amarillos corrían, se apresuraban. . . . Y el tubo de avance arrojó su torpedo que se hundió en las aguas rebotadas.

En ese momento alguno gritó que el mar invadía el departamento de calderas. Y al punto de una escotilla el líquido rebrincó, hirvió á borbotones, se extendió, mojó los

pies descalzos de los marineros que brincaban. A la izquierda, el acorazado disparó otros fogonazos. El torpedero pareció rebotar contra las olas. Fusikawa vió á los hombres abalanzarse á las canoas de salvamento. El frío del mar invadía sus rodillas. . . . pues el puente resbalaba bajo el escuadrón de las olas. Entonces supo que se iban á pique, por los clamores de los hombres, la cólera del capitán, el sofocado ritmo de la máquina, el ruido de la chimenea, de golpe decapitada, sin duda por un obús. El universo del cielo y del mar se desplomó sobre el subteniente que sintió que el agua lo amordazaba. . . .

PAUL ADAM.

(Traducción para «Revista Moderna» del último libro del autor).



REVISTAS MEXICANAS

La «Revista Moderna» — México.

Directores: Jesús E. Valenzuela y Amado Nervo.

Dos poetas, dos artistas, dos almas abiertas como extrañas corolas, bajo el azul de la vida, tales son los dos directores de la *Revista Moderna*. Valenzuela y Nervo, en la patria mexicana y fuera de ella, recogen entre las páginas de su revista la producción literaria más culta. Más de un nombre venezolano se ha barajado con los suyos en la *Revista Moderna*, comprobándose así, ese vínculo ideal, existente, á pesar de las fronteras y las costumbres, entre los escritores de esta América española, tan calumniada.

El número de Mayo viene dedicado á Cervantes. Y abre el homenaje al gran manco, cuatro sonetos de Valenzuela, de los cuales *El Cojo Ilustrado* reproduce el último de ellos, el dedicado á España. De la musa de Valenzuela, ha publicado este periódico varias joyas, en otras ocasiones, y ya el público de Caracas, que conoce tanto á Nervo, comenzará también á gustar la producción de este otro portalira mexicano, miembro de una juventud, tal vez una de las más brillantes que se hayan sucedido en la tierra de Moctezuma.

El verso de Valenzuela, vuela con vuelo más amplio que el de Nervo, pues la retórica excesiva no le magulla el ala sono-

ra; pero tiene menos densidad, menos sentimiento recóndito que el del fino romero de *El Éxodo y las flores del camino*.

De Nervo no hay en la revista sino un cuento en prosa que *El Cojo Ilustrado* había publicado en números anteriores. De los nuevos rumbos literarios, del alma inquieta y fina de Nervo, nos lo dirá mejor el pequeño suelto que insertamos en seguida:

«Edición de la sociedad astronómica de México, es *La literatura lunar y la habitabilidad de los satélites*, trabajo leído en las sesiones de los miércoles 7 de Septiembre y 5 de Octubre por el socio Amado Nervo.

No obstante que Nervo reconoce ser («apenas un neófito») y que dice no estar preparado («para esa ciencia, la más bella de todas»), ha logrado hacer un estudio, asaz interesante, nutrido de innumerables citas y revestido de alguna amenidad de estilo que viene á hacerlo aún más atrayente. Campea, es cierto, en buena parte de sus páginas mucho de los fantaseos de Wells; pero al lado de ellas y á cada línea, tropieza el lector con profundas disquisiciones de los sabios, desde Copérnico, Galileo, Cyrano de Bergerac, el Padre Sechi,

etc., hasta Flammarión, But, Schreser, Herschel y otros, resultando en conjunto, una labor seria, á la vez que revestida de cierta poesía. Tal y como podemos sólo concebir algunos esta clase de trabajos.

Nervo aspira á ser un poeta astrónomo, aspiración tan noble como justa, ya que Flammarión es un astrónomo poeta.»

Desearíamos leer la nueva producción de Nervo selenita.

«El Mundo Ilustrado.»—México.
Director: Luis G. Urbina.

Otro poeta, Luis G. Urbina, dirige esta revista, que con grabados siempre de actualidad, circula desde algún tiempo en la rumbosa capital mexicana. Urbina es de la misma estirpe lírica de Valenzuela y Nervo, y sus canciones, ora en el ala voluble de los periódicos como en las tranquilas del libro, han volado por estos cielos, en donde cuenta más de un amigo y más de un admirador.

Ahora en la revista *El Mundo Ilustrado*, Urbina nos dice en paginitas selectas, con finura doliente, cosas de la vida diaria mexicana que se transforman al ser tocadas por su pluma de poeta. *La Semana* se titula la sección que de manera permanente suscribe el creador de tanta rima trashumante por hispano américa; y en esa sección vemos una México bella y lírica, llena de crepúsculos suntuosos. Ved cómo describe Urbina en este párrafo una tarde de Mayo de su noble ciudad:

«Las puestas de Sol, en este cielo de primavera, arrastran púrpura como emperatrices. No bien descende el día por los azules desfiladeros del firmamento, haciendo saltar su carro aurilabrado, por los cantiles y escarpaduras de nubes, cuando ya empiezan á encenderse en el horizonte del ocaso las rojas tonalidades del crepúsculo, que van desde el pálido del nácar hasta el infernal carmesí de la lumbre.»

¡Oh México, bordada por el estilo de tres poetas!

A. FERNÁNDEZ GARCÍA.

El Cojo Ilustrado. Caracas. Venezuela.



PEREGRINO DEL ARTE.....

A bordo del «Duca di Galliera.»

Peregrino del Arte, voy al soñado Oriente,
El acero en la mano, la fe en el pecho ardiente.

Bajo el puente oscilante del raudo trasatlántico,
El mar alza en la noche como un salvaje cántico;
La luna, que se eleva tras lívido celaje,
Tiende en cendal de perlas sobre el trémulo oleaje,
Y la sirena alígera de la brisa marina
Canta en mi oído una canción triste y divina.

Peregrino del Arte, voy al soñado Oriente,
El acero en la diestra, la fe en el alma ardiente.

A mi espalda, el miraje de la nativa tierra
Con su fértil campiña y su nevada sierra:
La ciudad en un nido de bosques frescos, grandes,
Bajo el dosel de plata de los mágicos Andes;
El hogar entre rosas en la heredad florida,
Y la madre dejada, y la novia perdida. . . .

Peregrino del Arte, voy al soñado Oriente,
El acero en la mano, la fe en el pecho ardiente.

Ante mí la amenaza del porvenir arcano;
El mar que, en la penumbra, alza un cántico insano;
El horizonte mudo, mudo como una esfinge;

La luna que, en la niebla, un llanto eterno finge,
Y el soplo de la brisa, golpeada de estellos,
Que estremece las jarcias y azota mis cabellos.

Peregrino del Arte, voy al soñado Oriente,
El acero en la diestra, la fe en el alma ardiente.

Será mi afán fecundo? realizaré mi ensueño?
Me dará la Victoria su laurel halagüeño?
Conquistaré, en mi ruta, la áurea forma suprema
Para el mundo flotante que me obsede y me quema?
Conseguiré, tras todo, aunque en porción escasa,
Donar un haz de luz á mi patria y mi raza?

Peregrino del Arte, voy al soñado Oriente,
El acero en la mano, la fe en el pecho ardiente.

Ó, tras esfuerzo vano, tras ensueño deshecho,
Sólo hallaré el vacío del deseo satisfecho?
La desilusión trágica, el dolor desmedido
Del amante no amado, del apóstol no oído?
El fin, en una frase, de todo visionario:
El desencanto eterno y el eterno Calvario?

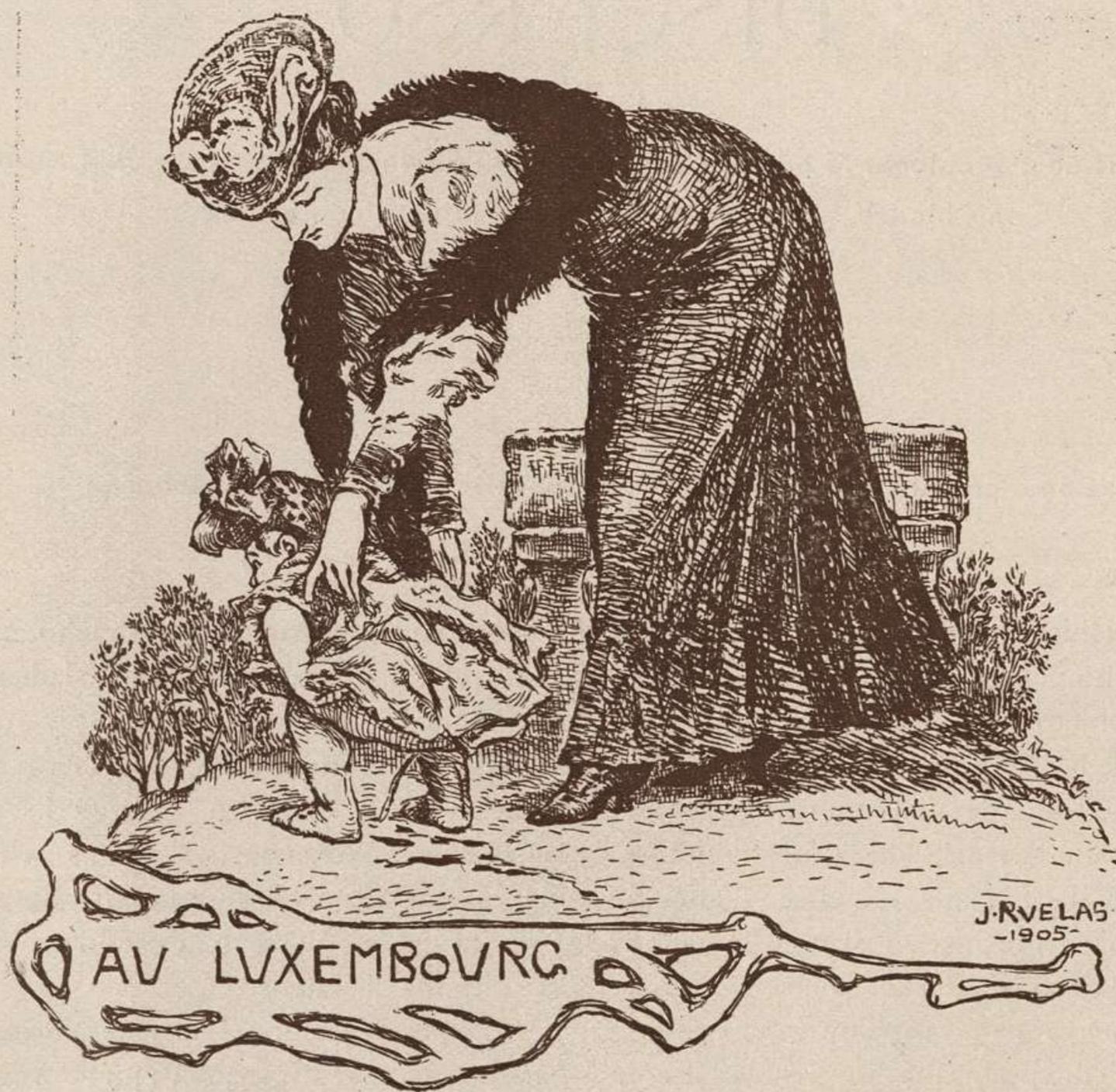
Peregrino del Arte, voy al soñado Oriente,
El acero en la diestra, la fe en el alma ardiente.

Inmóvil sobre el puente del raudo trasatlántico,
El mar me envía el trueno de su salvaje cántico;
La luna, que muequea en la penumbra ingrata,
Me envuelve en la tristeza de su llanto de plata,
Y la sirena alígera de la brisa marina
Canta en mi alma una canción triste y divina.

Peregrino del Arte, voy al soñado Oriente,
El acero en la mano, la fe en el pecho ardiente.

FRANCISCO CONTRERAS.

Paris, 11 de Agosto de 1905.



Dibujo inédito de Julio Ruelas. París.

DISCURSO

pronunciado, al colocar la primera piedra para la fundación de una Escuela Normal en Chicago, por el Sr. W. T. Harris, Ministro de educación en los Estados Unidos.

Cómo prepara "la Escuela Normal" para el ejercicio de la enseñanza.

Hoy Chicago coloca la primera piedra para la fundación de una Escuela Normal con el objeto de preparar maestras para las Escuelas de la Ciudad.

No se trata de una nueva institución, sino de una Escuela de la misma naturaleza que la fundada en el condado de Cook, hace muchos años, y en la cual el famoso Coronel Parker hizo su notable experiencia, que alcanzó un gran éxito.

La piedra colocada hoy, es la base de una digna Casa que ocupará el sitio de la humilde primitiva erigida por el Condado y tendrá capacidad para la más grande Escuela de adiestramiento exigida por las necesidades de la segunda Ciudad de los Estados Unidos.

La escuela para la preparación de maestros en Chicago, es una de las muchas de esta clase en los Estados Unidos. Casi no hay un Estado ó Territorio, en donde no exista alguna. Pero el movimiento en este sentido es reciente, solamente data de dos generaciones.

Europa había comenzado mucho antes este trabajo. Tres tentativas aisladas en Alemania datan desde 1679, 1687 y 1698. La Escuela Normal en Koenigsberg, fundada en 1701, comenzó la larga lista de las Escuelas Normales existentes en Alemania, que alcanzan hoy la cifra de 209, y de las cuales 34 se han establecido en los últimos diez años.

Además de las 209 Escuelas Normales existentes en el Imperio Alemán, Austria cuenta con 88, Suiza con 35 y Francia con 172; habiendo en toda la Europa algo más de 600.

Más de 200 años ha que se reputa como profesión el ejercicio del magisterio, la cual necesita sus escuelas especiales, lo mismo que la medicina, la jurisprudencia ó la teología.

Francia comenzó estos ensayos en los días de su Gran Revolución y á ella debemos la denominación «*Escuela Normal*» que usamos. Podemos inferir que la preparación profesional de la enseñanza, está

tan bien establecida en nuestros días como la de la Medicina, las Leyes y la Oratoria.

Es evidente que la maestra educada profesionalmente, adelanta por experiencia propia, y está en aptitud de aprovecharse de la experiencia de otros maestros.

La Escuela Normal enseña la manera de observar los métodos y planes de instrucción. Una persona puede tener un conocimiento superior en los ramos de estudio, y sin embargo, encontrarse incapaz de observar y descubrir los métodos por los cuales un buen maestro tiene éxito al dirigir el trabajo de una clase, de tal manera que los alumnos hagan rápidos progresos dominando el asunto enseñado.

El que ha adquirido el hábito de observar métodos, aprende no solamente por su propia experiencia, sino también por la de otros. Una de las esenciales peculiaridades del método de la enseñanza en la Escuela Elemental es la insistencia en la precisión de la definición. La palabra debe ser de tal manera, que recuerde la experiencia propia del niño. Debe hacerse verificar por sí, por experimento, todo lo que pueda ser producido por él, sin gastar mucho tiempo. Porque hay muchas cosas en el infinito concurso de detalles en las que no costea perder el tiempo en el experimento.

La buena Escuela Normal enseña á la maestra elemental, la manera de elegir los hechos típicos en cada materia y donde se requiere mucho ó poco experimento en el sentido de la práctica; pero siempre ha de recurrirse á la experiencia propia del niño para la ilustración.

A fin de adaptar á una profesora para ejecutar este trabajo, las Escuelas Normales de este país, desde que se abrió la primera en Lexington, bajo la dirección de Cyrus Pierce, han seguido substancialmente la misma tradición y tomado como

la parte esencial de sus cursos de estudio, una revisión de los ramos elementales, lectura, escritura, aritmética, geografía, historia y gramática.

Se ha objetado que esta revisión sería innecesaria si fuera posible asegurar el conseguir discípulos de un grado avanzado; significando con esto, que si el curso secundario de una Escuela alta ordinaria se hubiera completado antes de la entrada á la Normal, este trabajo de revisión en los ramos elementales no sería necesario, y ciertos estudios avanzados podrían hacerse en lugar de ella.

Pero esta opinión no está apoyada por la experiencia. Para el maestro que va á enseñar estas materias después de su recepción, no hay ningún estudio de la Escuela Normal de tanto valor como el de: *repaso de aquellas materias á la luz de estudios más avanzados*. Ningún estudio de los que se hacen en la Escuela Secundaria, es decir, la Escuela Superior ó la Academia, es equivalente al hecho en la Escuela Normal sobre los mismos estudios. Lo que se aprende por primera vez en la Escuela Elemental ó Secundaria, se aprende como una introducción á lo que sigue después; así la Aritmética, es un paso hacia el Álgebra; y la Geografía un paso hacia las ciencias orgánicas, tales como la Biología, Geología y Etnología.

Cuando el alumno en su curso regular ha subido hasta los estudios superiores, pierde de vista los pasos elementales. En la Escuela Superior ó en el Colegio, estas materias inferiores no se repasan á la luz de las materias superiores; la Aritmética no se estudia de nuevo á la luz del Álgebra y la Geometría; la Geografía descriptiva no se repasa á la luz de la Geografía física, la Botánica, la Zoología y la Geología; la Gramática inglesa no se repasa á la luz de los estudios del Latín y Griego ó de Filosofía y Lógica; ni se ve la His-

toria de los Estados Unidos en sus relaciones con las de la Gran Bretaña y de las Naciones Continentales de Europa; pero el maestro necesita precisamente este nuevo examen de todas sus materias elementales en sus relaciones con los estudios superiores que les suministran sus reglas y leyes.

Y la Escuela Normal americana ha emprendido precisamente este trabajo de revisión, desde el principio, y lo ha desempeñado bien durante los sesenta años de su existencia.

Ha desarrollado en los jóvenes de ambos sexos que se preparan para el trabajo del magisterio, la costumbre de estudiar las materias inferiores á la luz de las materias superiores de las que se derivan sus principios. Podemos llamar á éste, el método de *construcción*: somete una materia al estudio y la analiza constructivamente; cuando, por ejemplo, estudia aritmética á la luz del álgebra y la geometría, la estudia constructivamente, sus reglas se derivan de fórmulas algebraicas y han de demostrarse por procedimientos algebraicos.

Así los detalles de la Geografía, tienen su explicación en los procesos formativos que comprueban la forma de la tierra y del agua, de todos los cuales se trata en la Geografía física y en las ciencias de las que la geografía física es un compendio. Mientras más alto es el nivel de preparación de los alumnos que entran á la Escuela Normal, más provechoso es este trabajo de revisar las materias inferiores á la luz de las superiores y estudiarlas así constructivamente.

Un buen maestro en cualquier escala de trabajo, necesita un hábito de reflexión completamente formado. Cuando se aprende por primera vez cualquier ramo del estudio, no se le puede considerar como derivado de ramos superiores; en consecuencia, el que ha terminado su aprendizaje en la Es-

cuela Superior y no ha pasado en revista las materias elementales á la luz del curso de estudios de su Escuela, no las puede enseñar tan bien como el normalista que ha aplicado el curso secundario de estudios al curso elemental de una manera constructiva.

El primer aprendizaje de una materia es un trabajo de memoria en mayor escala, que el que se necesita en el segundo y tercer período. Porque, ¿cómo podría el alumno conocer las dependencias de un objeto antes de conocer el objeto mismo en su estado actual de existencia? Lo que podemos llamar el verdadero conocimiento, comienza más allá del proceso para fijar en la memoria, comienza con el estudio de los datos conocidos y con el descubrimiento de las relaciones mutuas; encontrando la relación de causa á efecto.

El hecho de que la edad de admisión para la Escuela Normal sea de tres y aun cuatro años más, que la que se necesita para ser admitido en la Escuela Superior, acarrea una gran diferencia en el trabajo, al estudiar las materias constructivamente. Nada es más importante que la edad en la formación de un espíritu reflexivo. De aquí que sea posible dar en la Escuela Normal todas las clases, atendiendo especialmente al método. En tanto que el alumno de una Escuela Elemental aprende una lección de Aritmética, Geografía ó Gramática, tan sólo con el objeto de entenderla claramente, el alumno normalista debe siempre pensar en el método de explicar ésta y hacerla clara para los niños.

No solamente domina la materia de estudio como se la presente, ya sea el libro de texto ó el profesor, sino que estudia críticamente el método de exposición del libro ó del maestro y adquiere así un punto de vista crítico.

Las labores de revisión en la Escuela Normal causan en un principio sorpresa

al estudiante. Él suponía entender ya las materias sencillas, Geografía, Gramática, Arimética, pero descubre ahora que había mil fases de cada lección en las que nunca había reparado. Aprecia la importancia de una preparación completa por parte del maestro, si ha de estar en aptitud de aprovechar las oportunidades que el ejercicio de la clase le da para corregir opiniones erróneas y malos métodos de preparar su lección.

Él estudia, en consecuencia, por segunda vez su lección, teniendo á la vista muchas cuestiones secundarias. Adelanta de día en día, y en el término de un año se ha formado un nuevo ideal acerca del mejor método de estudio; ha pasado del método de seguir fielmente el libro de texto y aprenderlo de memoria, al método mejor: investigación crítica. Anteriormente habría quedado muy satisfecho con un discípulo que repitiera al pie de la letra las palabras del libro y habría hecho poco por sondear al alumno y ver lo que había entendido de su lección. Ahora iría inmediatamente detrás de las palabras del libro hacia el entendimiento del alumno, le enseñaría á pensar, á investigar por sí mismo, porque el maestro ha adquirido en la Escuela Normal el hábito de comparar una aseveración con otra, y con los resultados de su propia experiencia, penetra el plan de construcción del libro mismo, y esto da una notable claridad á sus explicaciones.

Cualesquiera que sean las cualidades del maestro ó sus conocimientos sobre sistemas educativos á la moda, esas cualidades y conocimientos no podrán subsanar la falta del conocimiento del método constructivo, que es el único que proporciona los cimientos sólidos de un trabajo fructuoso.

Esta opinión, si es exacta, nos explicará el adelanto que han tenido nuestras Escuelas Elementales, por la multiplicación

de las Escuelas Normales públicas sostenidas por el Estado ó la Municipalidad, ó fundadas sobre ese modelo por la iniciativa particular.

La Escuela Normal, he dicho ya, en vista de la explicación que acaba de darse de sus métodos de instrucción, tiene el efecto general de hacer que sus alumnos sean observantes de los métodos.

El observador ordinario ve los resultados, pero no toma nota de los métodos que lo producen. De aquí que el maestro que nunca ha recibido instrucción en una Escuela Normal, puede ser que sea un buen maestro; pero es muy raro que llegue á entender cómo alcanza sus propios resultados; y con frecuencia no está en aptitud de sacar provecho al ver las labores de otros buenos maestros. No puede realmente conocer qué métodos usan, porque no ha adquirido la costumbre de estudiarlos. Por otra parte, el normalista rara vez visita una Escuela sin llevarse alguna nueva idea, ó por lo menos algún nuevo proyecto. Por consiguiente, nos podemos explicar por qué los maestros normalistas continúan aumentando en habilidad profesional, diez, veinte y aun treinta años, al paso que se dice con verdad que los maestros que no proceden de Escuelas Normales, comunmente llegan á su pericia máxima á los tres ó cinco años. Después de ese período es probable que la degeneración empiece á causa de haber encajado los métodos en un carril; se desarrolla un hábito mecánico en el maestro que no ve fácilmente la apreciación que el público hace de su amaneramiento. Con frecuencia se convierte en un pedagogo en la mala aceptación de la palabra, y es una caricatura viviente de la profesión.

Podría suponerse que el que hemos llamado *método constructivo*, es un método definitivo y bueno para alumnos de todos los rangos superiores al elemental. Hay,

sin embargo, una diferencia entre el método de instrucción elemental y el de instrucción secundaria y superior.

El curso de estudio elemental se adapta á los ocho años de vida escolar, de los siete á los catorce años de edad; el curso de estudios superiores se ocupa en gran parte de los que se han llamado estudios formales, á saber: de aquellos que se relacionan con las artes, tales como la lectura, la escritura y el cálculo numérico, y, por consiguiente, con la adquisición del uso de las palabras técnicas como instrumentos del pensamiento. Pero la distinción entre estudios normales y estudios que tienen un contenido, es superficial; porque todos los estudios tienen un contenido, y los estudios superiores se refieren más y más al contenido que está hecho de formas. Por ejemplo, la Geología superior se refiere á las leyes de sucesión de los estratos de rocas y á las leyes de acción de las fuerzas cósmicas, y estas leyes son formas que presiden nada menos que el origen y génesis de los hechos geológicos de observación ó, para poner otro ejemplo, en la Biología, la ciencia consagra mayor atención á la manera de obrar de las plantas y de los animales, y esta forma de acción determina los detalles de toda la vida. Ciertamente, sería poco cuerdo el zoólogo que descuidara el estudio de las maneras de expresarse y comunicarse las abejas, las hormigas, los monos ó los cuervos, so pretexto de que el lenguaje es un asunto de forma.

Otra ventaja de la Escuela Normal, en su adiestramiento profesional, es la superioridad de la enseñanza en grupo sobre la enseñanza individual. La Escuela antigua tenía tantas clases cuantos alumnos habia en ella.

La Escuela Normal ha estudiado por varias generaciones la ventaja de la clase en grupo sobre el discípulo enseñado in-

dividualmente; y todo su trabajo se dirige al progreso de los normalistas en el arte de usar la clase como un poderoso instrumento de enseñanza.

Mientras el maestro no profesional trabaja con sus discípulos individualmente, dividiendo su tiempo en pequeñas fracciones y viéndose obligado á pasar de un asunto á otro con tal precipitación que le imposibilita dar la atención que requiere cada uno de los temas tratados, el profesional ha adquirido en la Escuela Normal la manera de manejar su clase como un todo, conoce el modo de sacar partido de cada detalle de la clase para que sirva de apoyo á las demás y sabe cómo ayudar á cada individuo por medio de la perspicacia ó discernimiento de sus compañeros.

Por medio de la enseñanza en grupo, en vez de la enseñanza individual, el profesor discute cada asunto perfectamente, maneja su clase de tal manera, que presenta los detalles de una lección bajo muy diferentes aspectos; cada discípulo da los resultados de su propio estudio y ve los de sus compañeros.

Esta kaleidoscópica vista de un asunto, reflejado por todos los espíritus de una clase, cuando el examen y la crítica son llevados bajo la dirección del maestro, hace la lección mucho más fructífera de lo que habría sido una lección particular dada á cada alumno, aun cuando el profesor hubiera dedicado todo su tiempo á uno sólo. Esto puede verse en las siguientes consideraciones: El maestro competente de una Escuela Elemental ó secundaria no pierde mucho tiempo en hablar á sus discípulos sobre el tema de la lección, hace que cada uno investigue por sí en la preparación de su clase: de tal modo que cuando la clase se reúne, él tiene todo su tiempo para comparar y reunir los resultados, y no necesita perder tiempo para comunicarlos.

El primer objeto de su cátedra es hacer que cada discípulo exponga su opinión sobre el asunto de la clase. Nuestro maestro explora la primera exposición, á fin de obligarlo á expresar ideas más amplias que deben existir en el espíritu del discípulo, si ha entendido bien el tema, y por medio de preguntas apropiadas hace que el alumno no se fije sobre algún punto de la lección que había escapado á su atención.

Ahora comienza el verdadero trabajo de la cátedra: cada discípulo aumentará y perfeccionará sus ideas con las de sus compañeros. El maestro llama á diversos miembros de la clase, todos ansiosos de agregar sus explicaciones á la de su compañero, justamente lo que se necesita para corregir las ideas imperfectas del primer exponente. Sucederá siempre, al llegar á estos resultados, que varias fases nuevas aún en la mente del profesor, en aquel momento son expuestas, todas tendiendo á aclarar y ampliar el asunto tratado.

El maestro sabe bien que con la exposición de los trabajos por los alumnos mismos, está haciendo más en provecho suyo que lo que podrían hacer todas sus correcciones. No lo que el maestro haga directamente, sino lo que consiga que los alumnos hagan, es lo importante. Hay dos consideraciones sobre este método en la clase que merecen especial atención.

La exposición de una idea con las palabras propias del discípulo se adapta probablemente mejor á la comprensión de sus condiscípulos y despierta en ellos, por consiguiente, ideas más vivas.

La necesaria imperfección y vaguedad de estas ideas, se corrigen por la variedad de la exposición que se obtiene de los diferentes miembros de la clase. Cada discípulo ve nuevas fases del asunto que se le había escapado enteramente en el curso de su propia investigación, y aun la

opinión particular que se había formado se amplía con la discusión.

Se despierta y estimula al discípulo á un nuevo método de estudio para la próxima lección: se ha asomado á otros espíritus y no puede menos de recordar los diferentes aspectos, bajo los cuales puede preparar su nueva lección. Es, además, el contacto de una inteligencia con otra; la perspicacia se aguza y se forman hábitos de la más grande atención. En las otras formas de clase, por ejemplo, en la instrucción individual, todas esas ventajas faltan. ¿Por qué medios puede el maestro reemplazar la falta de aquel poderoso estímulo hacia la actividad que la presencia de compañeros entusiastas da á los alumnos? ¿Cómo puede el maestro adaptar sus explicaciones y correcciones al espíritu de su discípulo, de tal modo que produzcan los mismos provechosos resultados que las repeticiones de sus compañeros producen? Finalmente. ¿De qué manera puede el maestro elevarse á esa altura de pensamiento, que la presencia de una clase de alumnos animosos desarrolla en él? Un alumno que tiene un solo punto de vista, no vale nada en comparación de veinte ó más con diferentes puntos de vista; éstos abarcan todo el horizonte, y el maestro debe elevarse á ideas más y más comprensibles, á fin de quedar apto para emprender el trabajo de unificar los puntos de vista fragmentarios.

Los educadores que esperan una educación superior de la enseñanza individual privada del maestro, ciertamente desconocen la naturaleza de la verdadera educación. La actividad individual en relación con la colectividad, la aptitud para las investigaciones independientes, la perspicacia aguda y crítica. ¿Cómo pueden adquirirse estas cualidades lejos del contacto con compañeros que se dirigen todos al mismo fin? No hay duda de que esas per-

sónas tienen la creencia errónea de que el recargo de conocimientos ó las apreciaciones caprichosas y parciales, son mejores que esas cualidades.

El educador que ha examinado ampliamente el campo, no necesita que le adviertan que este es precisamente el punto más importante en la práctica profesional de la pedagogía. ¿En dónde mejor que en la Escuela puede obtenerse la iniciativa de la juventud en el gran secreto de la combinación con sus semejantes? La Escuela debe ayudar á cada luchador, niño ó niña, que pasen por encima de su idiosincracia, que alcancen las formas universales de actividad que constituyen al hombre ó á la mujer libres. Claro está que en la estrecha relación personal con el profesor particular, las probabilidades están en contra de esa emancipación de individualidad que la Escuela consigue. El joven educado en lo particular está propenso á ser insociable y á mostrarse inseguro y vacilante en su trato con los hombres. No ha aprendido por medio de un contacto temprano con jóvenes de su misma edad á suprimir lo que es meramente subjetivo y peculiar y á fijar sus ideas con lo que es objetivo y universal; por tanto, crece faltándole el poder directivo entre sus semejantes, y este es el más grande defecto en el cultivo de la vida, pues está obligado á normar sus acciones por la dirección espiritual de los demás.

Tal educación es una preparación para una vida desgraciada y misantrópica, y sólo la fuerza de las circunstancias puede vencer sus dañosos efectos.

El trabajo en una clase organizada de modo que todos los miembros refuercen el trabajo de cada uno de los demás, es, en consecuencia, una educación del carácter, á la vez que de la inteligencia. La Escuela Normal mantiene una perpetua investigación acerca de los sistemas para desarrollar el carácter, es decir, la fuerza de

voluntad organizada en un esfuerzo sistemático para trabajar por los intereses permanentes de la sociedad.

Otra de las funciones de la Escuela Normal, es enseñar al maestro á administrador é inspector de escuelas.

La causa principal del adelanto de nuestras escuelas de los Estados Unidos en los últimos treinta años, ha consistido en emplear hábiles inspectores en las ciudades y pueblos. El número de superintendencias ha subido desde doscientos hasta mil.

El valor del inspector puede quedar expresado en una sola frase, descubre los excelentes sistemas ideados por el maestro individual y los pone en conocimiento de todos. Cada maestro tiene fuerza y facultad inventiva en algún detalle especial y está en aptitud de descubrir algún sistema fructuoso de enseñanza, disciplina ó manejo de la escuela. El inspector cuida de que todos los maestros del gremio, y para quienes se presenta el mismo problema, aprendan este sistema ventajoso y lo usen con mayor ó menor provecho, quizá haciéndole mejoras que á su vez llegarán á conocimiento de los demás. Precisamente del mismo modo que un individuo saca provecho de su propia experiencia, así un cuerpo organizado de maestros aprovecha la experiencia común, pero con esta gran diferencia: que el progreso de cada individuo del cuerpo se multiplica por el progreso de todos los demás. Cada uno gana con el trabajo de todos. De tal modo, el todo social refuerza á cada maestro y gana con la experiencia ajena, sin tener que soportar las penas y molestias que acompañan á la primera prueba.

Esta organización con el recurso de la inspección de los peritos, quienes han aprendido la manera de observar los métodos conforme á la tradición de la Escuela Normal, es el medio por el cual el arte de la enseñanza se mejora de década en

década en los Estados Unidos y en todos los países donde el adiestramiento del maestro se ha asegurado por medio de las escuelas adecuadas.

El inspector anota y conserva las acertadas invenciones del maestro individual y las agrega á la existencia acumulada de experiencia para hacerlas la herencia de todos.

Ha sucedido en todas las edades de la Pedagogía, que eminentes maestros individuales han aparecido y han sido inventores de métodos fructíferos, pero generalmente sus métodos han desaparecido con ellos, porque carecían de habilidad para analizar y descubrir los elementos esenciales de ellos.

No teniendo el adiestramiento para la observación y análisis de los métodos, han fracasado en sus esfuerzos para exponerlos. De aquí que sus discípulos generalmente nos dan una caricatura del trabajo de su maestro, exagerando sus detalles culminantes pedagógicos y no apoderándose de los vitales elementos de la doctrina del maestro. Este hecho es uno de los de mayor interés para los educadores, porque sin la descripción perfecta de los métodos, la pedagogía profesional oscila como un péndulo, yendo de un extremo á otro sin conservar en el nuevo método lo que había de bueno en el antiguo.

Mi tema final relativo á los medios por los cuales la buena Escuela Normal adiestra en la enseñanza, es el permanente interés del buen maestro en su cultura propia.

Es esto de tal manera cierto, que ha llegado á ser un adagio que el maestro, en cualquiera escala de la enseñanza, desde el Kindergarten hasta la Universidad, necesita tener un interés perenne en su adelanto, el cual le hace crecer intelectual y moralmente. Solamente el maestro que estudia constantemente, puede alcanzar los mejores resultados en la Escuela.

Es evidente que principalmente este estudio debe ser de aquellos que sean de interés universal, sin que esto excluya en absoluto las especialidades.

Los cursos de las materias de los programas de nuestras escuelas populares, vistos en la Escuela Normal, á la luz de los programas superiores de las mismas materias, delínean los primeros contornos de un plan de sabiduría humana, según la autorizada opinión de Lord Bacon.

La naturaleza tiene dos aspectos, de los que la Aritmética y la Geografía son algo así como sendos vestíbulos. La naturaleza, en su aspecto inorgánico, es la Matemática: materia y fuerza son tratados en la matemática pura y en la Física y Química aplicada. En su aspecto orgánico, entrando por la puerta de la Geografía, conduce á la Botánica y á la Zoología.

Hay tres materias en nuestras Escuelas Públicas, que consideran al hombre como individuo ó como organización social; estas son: gramática, historia y literatura. La Escuela Normal enseña á sus discípulos á encontrar el génesis de estas materias en sus eslabones superiores de la misma serie, en filología, en la filosofía de la historia, en la psicología y la historia de la literatura.

Por otra parte, puesto que la literatura nos pinta á la naturaleza humana por medio de sus poetas, y los poetas son los profetas de la humanidad, es evidente que la literatura debe ser por excelencia, el estudio apropiado para la cultura de sí mismo; así, pues, las ciencias naturales podrán tener sus adictos, pero la literatura debe de ser cultivada por todos.

Este ideal de la Escuela Normal, de conservar viva en el maestro la idea de progreso, conducirá á la corporación á aprovecharse de la oportunidad que se le ofrece hoy de concurrir á la Universidad para completar sus conocimientos uno á uno.

Las ventajas de una escuela de verano durante el período de vacaciones, proporciona otro medio fácil: el maestro puede tomarse más de los cuatro años prescritos para seguir un curso de «college.»

Dentro de un gran sistema de Escuelas de Ciudad, donde hay un cuerpo numeroso de maestros, se presenta la oportunidad para la organización de una serie de estudios progresivos en el límite profesional, así como en el límite de la cultura general.

Ya se ha establecido en Chicago una serie de estudios por el estilo, perfectamente organizada y con un éxito muy grande. Ha despertado el interés y admiración de maestros y directores de instrucción en todas partes de los Estados Unidos. Estos estudios darán oportunidad para el desenvolvimiento y manifestación de una gran variedad de talentos y conseguirán hacer la vida del maestro agradable y digna de estimación. Es una continuación de un curso de Escuela Normal, realizado en un curso general de cultura para la vida, así como para el trabajo profesional en la Escuela. Hará más intenso «el espíritu de cuerpo,» creará una atmósfera de cultura superior y ampliará los horizontes en todos los campos del saber humano. Dependiente de esta organización de estudios en Chicago, se ha fundado un sistema de ascensos que toma en consideración el tra-

bajo práctico del maestro en la escuela, así como los esfuerzos por elevar su nivel intelectual. No puede haber lugar al favoritismo cuando se toman tan completamente en consideración los méritos de la persona.

Se ha dicho frecuentemente, y con razón, que para que el maestro pueda mantenerse joven y animoso, debería dedicarse á una especialidad; porque el estudio especial que cultive, le dará la simpatía necesaria de los alumnos que están bajo su dirección.

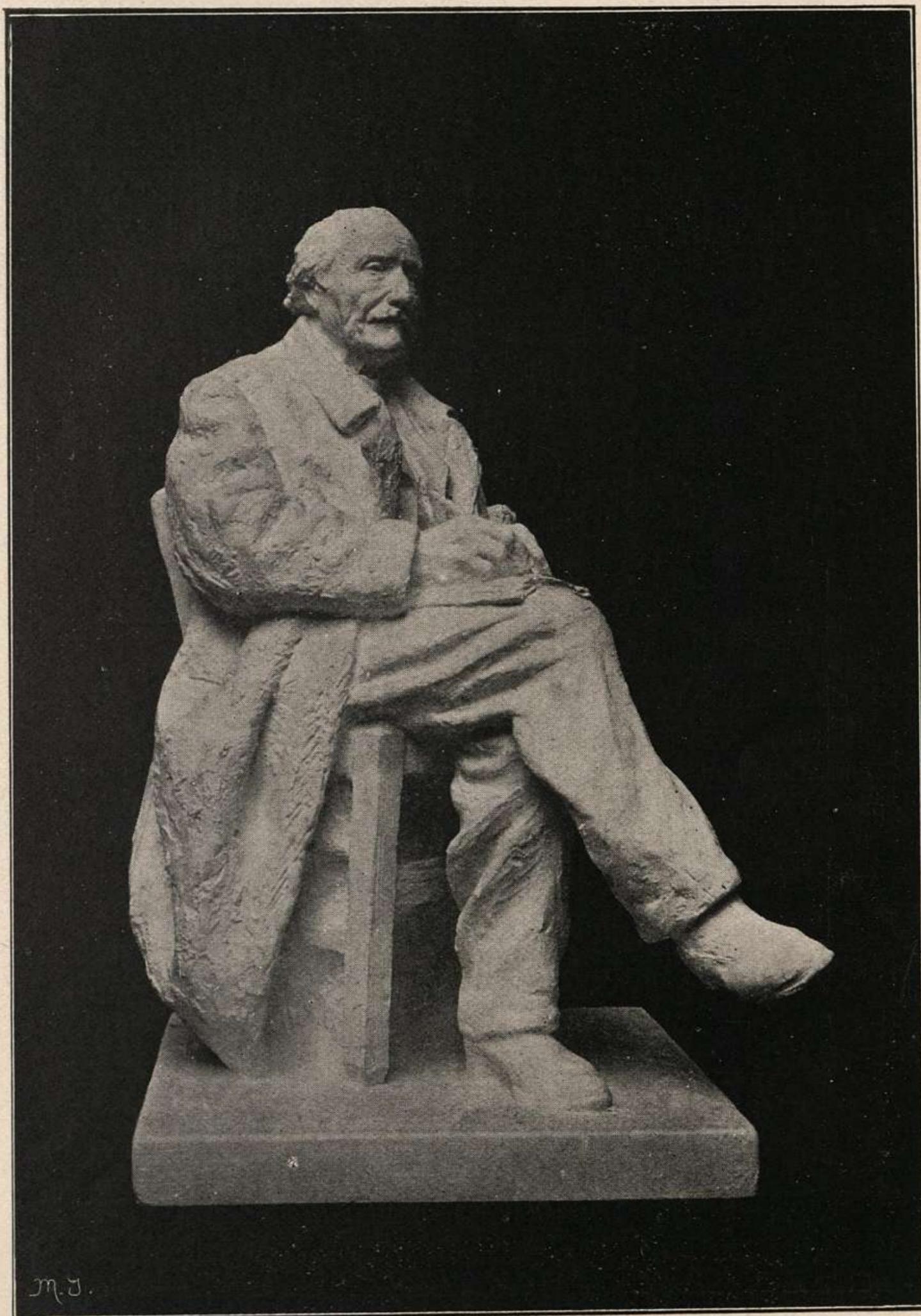
Felicito á usted, señor Presidente, y á los miembros de la Dirección, por la eficacia del sistema tan bien organizado bajo su dirección y llevado á la práctica por el hábil Director General, en cuyas manos ha puesto usted la dirección de su sistema escolar.

La labor de la enseñanza, en esta serie de estudios progresivos, es llevada á cabo por la celosa cooperación de los maestros de esta famosa Escuela Normal.

Tal es hoy la perspectiva de Chicago al colocar su primera piedra en el templo que será dedicado á la Ciencia y al Arte de la educación en las Escuelas Públicas.

Traducción del BOLETÍN DE INSTRUCCIÓN PÚBLICA, órgano de la Secretaría del Ramo, dirigido por el Sr. Lic. D. Ezequiel A. Chávez, Subsecretario de Estado y del Despacho de Instrucción Pública y Bellas Artes.





Estudio de Statuete Portrait, París, 1905,
por F. L. Nava, pensionado del Estado de Veracruz, en Europa.

ELEGIA DE OTOÑO

Entra! . . . Pues sé que vienes á visitarme en horas
 De soledad, fantasma que dudas y que lloras,
 Y paso á paso llegas por áridos caminos
 Con tu reloj de arena que mide los destinos.
 He sentido tu marcha por la adusta arboleda
 De altos álamos tristes donde la brisa leda
 Entre las mustias hojas lanza un tenue suspiro. . . .
 El Otoño es tu hermano. . . . Por eso, en raudo giro
 Hace danzar las hojas amarillas y yertas
 En los mudos caminos de las florestas muertas.
 No hay poesía del hombre que iguale tu poesía;
 Es único el encanto de tu melancolía;
 Esparces —como un velo de bruma en lontananza—
 Nostálgicos recuerdos, girones de esperanza
 (Del Amor y la Gloria, las muertas embriagueces,
 Psiqué pasa llorando debajo los cipreses);
 Tus cielos grises tienen una álgida belleza
 Y es dulce y perfumada de adioses tu Tristeza!

*
* *

Como el rumor lejano de oculto violoncello
 Llega hasta mí la suave romanza de tu duelo. . . .

Será verdad que han muerto las últimas quimeras,
 Y aquellas luminosas, doradas cabelleras
 No oprimirán mis labios, jamás? . . . En tu armonía
 Suprema, oh voz celeste, me inundarás un día?
 Las hojas han caído. . . . Tu pálida belleza,
 Otoño, lentamente, me brinda su tristeza;
 Una mano enemiga ha cortado las rosas
 De mi jardín; exangües están las tuberosas;
 Las crisantemas lánguidas —las últimas del año—
 Parece que murmuran un miserere extraño;
 Se inclinan, sollozantes, las frágiles Anémonas
 Temblorosas y tímidas, como blancas Desdémonas;
 Sólo la hiedra crece triunfante, y en los muros
 Extiende sus flexibles tentáculos oscuros.

*
* *

Con tu silencio mides la danza de las Horas
 Fantasma del pasado, que dudas y que lloras
 (Silencio perfumado de ensueño y armonía,
 Que empieza con la sombra, y acaba con el día),
 Habla en voz baja. . . . Dime si es vano todo orgullo,
 Si al corazón puse alas para que fuera suyo;
 Si amé la Gloria excelsa, si amé el laurel esquivo,
 Si amé los versos de oro, si para el Arte vivo;
 Si no sufrí traiciones con ánimo sereno,
 Si no oculté los dardos, y no apuré el veneno,
 Si no sentí las ansias del mártir cuando expira
 Y la bendijo el labio y la cantó la lira;
 Si, sobre el mar inmenso, circuido por las brumas,
 Cuando el bajel errante cortaba las espumas,
 No fué su nombre, el único, que pronunció mi pena,
 Clamando á los abismos: «Euglena! Euglena! Euglena!»....
 Y de ola en ola, el viento, sobre las tempestades,
 El misterioso nombre llevó á las soledades. . . .

*
* *

Pondré una piedra blanca sobre los muertos sueños? . . .
 Escribiré: «aquí yacen los últimos ensueños,»
 Oh pálido mendigo de dichas ilusorias
 Que se embriagó un instante con imposibles glorias?
 Te vestiré un sudario, te ceñiré de espinas,
 Oh Ariel crucificado, oh corazón en ruinas!
 Después, para que el musgo te oculte á la mirada
 Y nadie pueda nunca llegar á tu morada—
 La ortiga y la cicuta y el cardo amarillento
 Se nutrirán de lágrimas, de hiel y sufrimiento,—
 Hasta que al fin, un día, con todos tus dolores
 En tu sepulcro nazcan ensangrentadas flores,
 Dalias color de púrpura, fatales amapolas,
 Que encierren un olvido de muerte en sus corolas;
 Y se alcen desde el fondo de la urna solitaria
 El asfodelo amargo, la triste pasionaria. . . .

*
* *

La augusta noche avanza. . . .

Crepúsculo que mueres,

Tu misterioso estigma heredarán los seres
 Nacidos bajo el signo de un genio taciturno,
 Y bajo la diabólica influencia de Saturno? . . .
 Crepúsculo de Otoño, cuán bella es tu agonía!
 Cómo, impaciente el Alma, hacia ti volaría,
 Celaje de oro y ópalo, que cruzas por el cielo
 Semejante á un Arcángel fatigado del vuelo,
 Hendiendo con sus alas, sonoras como liras,
 Los ámbitos del éter en radiosas espiras. . . .
 Los tristes soñadores, los pálidos poetas,
 Vagan por tus azules jardines de violetas,
 Crepúsculo de Otoño, cuya lenta agonía
 Es el deshojamiento de la melancolía! . . .

*
* *

Dibújanse al Ocaso, con vago colorido,
 Los pórtigos gigantes de algún Edén perdido;
 Sobre sus gonces de oro, las puertas olvidadas,
 Del viejo Edén las puertas de pórfito entornadas. . . .
 Luego, una gran Esfinge las garras extendidas,
 Se iergue junto á un lago de márgenes dormidas. . . .
 Después, grifos y monstruos, que brillan y que pasan,
 Hidras, serpientes áureas, que giran y se enlazan. . . .
 Un pliegue de la sombra disipa el gran miraje;
 Avanza de la noche el fúnebre oleaje
 Cubriendo el horizonte, las cimas, las alturas,
 Como en bandada inmensa mil águilas oscuras;
 Y cual ave de oro dejando su ígnea huella
 Temblar se ve en el fondo del éter una estrella. . . .

*
* *

(Psiqué pasa cantando debajo los cipreses
 Del Amor y la Gloria, las muertas embriagueces:
 «¡Oh azules mariposas de mi jardín de Ensueños!
 ¡Oh pálidas visiones surgidas de mis sueños!»
 Su voz tiembla, y se apaga en la mustia arboleda,
 Resbala entre las hojas con un rumor de seda,
 Mientras esparce en torno su luz el plenilunio
 Y flota como un triste presagio de infortunio).

*
* *

Dolor! También floreces en un jardín sin hojas!
 Son cálices abiertos las ásperas congojas;
 Las frágiles quimeras, los férvidos delirios,
 Abren sus grandes pétalos, como enfermizos lirios;

Son azucenas místicas las blancas ilusiones—
Ofelias que regaron de luz los corazones;
Allí, de los sangrientos rosales, las espigas
Se clavan hasta el fondo del corazón en ruinas,
Y para que el recuerdo se adune á la belleza,
Es dulce y perfumada de adioses tu Tristeza!

LEOPOLDO DÍAZ.

Genève, 1901.





José María de Heredia. † en París el mes pasado,

EL POETA DE LOS TROFEOS

Consagro las horas diáfanas de esta mañana de cristal, dorada por el sol de Otoño, á la memoria del gran poeta que ha muerto. Tengo á mi lado su libro de versos, y su retrato frente á mí. Máscara reciamente construida, fuerte nariz, barba y bigote espesos, vaga mirada clara bajo la ceja profusa y junta. Con un rojo fez sobre la vasta frente, el noble rostro cejijunto y barbudo, parecería el de un padishá. Intento vislumbrar en los rasgos del poeta las huellas y los caracteres de su obra.... Verdaderamente, esa mirada donde flota el vaho de una ternura no precisa, y que parece anegada en el ensueño, es la del poeta, que en sonetos memorables cantó el mar de Bretaña, y entre las mallas áureas y fuertes de sus poemas, arrebató las perlas misteriosas y los corales sangrientos del viejo mar de Armórica..... Ceñiría bien una corona obsidional, esa fiera testa de patricio romano, agreste y orgullosa, que desde nuestras grises edades se volvió á la serenidad de Grecia y al Apoteosis del Latium, para escribir con la punta impecable de un estylo de oro, los sonetos mitológicos, y los sonetos epigráficos. . . . Pero mejor cubriría esa frente un férreo casco empenachado de profusos lambrequines, mejor encuadrara ese rostro barbudo y lleno de gentilhombria, una visera damasquinada y abierta, pues el Poeta de los «Trofeos,» de «Carolo quinto imperante,» del «Triunfo del Cid» y de «Los Con-

quistadores,» tiene el rostro audaz, enérgico y adusto, de un lírico conquistador. Rostro digno del alma que en el soneto: «Plus ultra,» exhaló su ambición suprema:

«J'irai. Je veux monter au dernier promontoire,
Et q'une mer, pour tous silencieuse encor,
Caresse mon orgueil d'un murmure de gloire»

*
* *

José María de Heredia, discípulo de Leconte de Lisle, romántico parnasiano, llevó la forma magistral del poeta de las «Odas bárbaras,» hasta una perfección milagrosa. Nunca se habían burilado sonetos semejantes, ni su breve dimensión se había magnificado á tal punto. Sucesivamente los catorce versos son rayos de una estrella en que arde todo el Zodiaco; pétalos de una flor que exhala todos los aromas de la Primavera; fascetas de un diamante milagroso, en cuyos fuegos surgen todas las auroras, y mueren todos los crepúsculos. El caracol marino guarda en su seno la tumultuosa voz del Océano; pero los sonetos de Heredia con el clamor marino guardan las armadas de Galeones, y las flotas de carabelas entre la inmensidad de las ondas glaucas, y de los cielos constelados. . . .

De ser cierta, la conseja que pretendía que en la pupila de la Gioconda estuviera

contenida la efigie del divino Leonardo, realizaría un prodigio semejante al que ofrecen los sonetos de «Los Trofeos,» recelando en la tersura de su oriente, la sangre más noble de los corazones heroicos, los más tumultuosos episodios de la Fábula y el Mito, los más grandiosos panoramas de Acrópolis, Capitolios y Catedrales.

En forma tan breve no existieron poemas más intensos. Cada soneto es la síntesis pasmosa de un estudio dilatado y profundo. La Primavera dió una flor, y el aroma de la flor, hecho quintesencia, pende contenido en una perla hueca entre los senos de Cleopatra. La roca que dió la montaña lloró su oro en el crisol, y el oro troquelado luce un exergo de gloria rodeando el busto de un emperador. *Excelsior; nec plus ultra!* ninguna bandera se clavará más alto, ningún héroe irá más allá! Ese sentimiento sobrecoge el ánimo, y se piensa que tal vez los asuntos que Heredia tocó con su buril de oro, están desde hoy vedados para la Poesía futura, puesto que han alcanzado la forma eterna de la definitiva perfección!

De todos modos, ay! del que simple mortal, sin un poder divino, penetre con mano profana á ese jardín!... que antes de tocar sus laureles milagrosos y sus pomas de oro, preste oído á las amenazas que en el libro de Heredia murmura y clama el «*Hortorum Deus*»... El ástil purpúreo mueve su sombra al paso del sol; el Dios viril vigila erguido, y como dice France, amenaza al ladrón «con un suplicio ridículo y terrible!»...

Pero el caso será remoto de que al parque señorial del fiero y altivo castellano, entre profanadora la banda de rústicos, ó la nómada tropa de gitanos. Como las abejas castas y batalladoras á quienes todo olor violento inflama y exaspera, las rimas del poeta cambiarían para el profa-

no su dulce miel en venenoso dardo. Frente al puente levadizo, hay que blasonar un linaje, para que el rastrillo se abata. Hay que poseer una iniciación superior de cultura, para sentir clara y familiarmente, todo el sentido, sabio y casi hermético, de esa altiva y profunda poesía!...

Esa serenidad parnasiana, esa impasibilidad marmórea, aunque á veces las estatuas lloren sangre, como el icono de Burgos, esa aristocracia de feudal que tiene por mote el «*Odi profanum vulgus,*» esa honrada intransigencia ante lo mediocre y lo fácil, no es la menos esplendorosa en la panoplia de virtudes que lució lleno de orgullo el egregio poeta caballero....

* * *

Duerme, oh coroplasta divino de los sonetos de Grecia y Sicilia, que en ideal arcilla modelaste las Hidrias para el vino milagroso, los aríbalos para los divinos perfumes, y que en la breve figura de Tánagra hiciste caber toda la gracia de Afrodita, y todo el dolor de Artemis. Duerme, oh beluario y auriga de Roma, que con tu látigo victorioso domaste sus fieras, y llevaste tu cuádriga hasta metas infranqueadas! Duerme, oh aurífice, que incendiaste soles de custodias en el altar de tu Obra; armero de los conquistadores, que forjaste láminas y armaduras ilustres, y templadas en el agua de tu milagrosa inspiración.

Duerme vestido de hierro, con los pies sobre tu lebril favorito, con tu gran espada al flanco, con tu visera calada y tus lambrequinas inmóviles. Sostienen tu piedra tombal, abrumados por el peso de tu gloria, los Poetas que te lloran, vestidos de penitenciaros, como los frailes sin rostro de la tumba de Felipe Pot!

JOSÉ JUAN TABLADA.

México. 1905

DE "LOS TROFEOS"

LOS CONQUISTADORES

Cual huyen los neblíes de los nidos natales
negros de sangre, hastiada de orgullo y de ruina,
la turba de voraces á Palos se encamina
y al mar, ebria de ensueños heroicos y brutales,

Sus naves van en busca del rey de los metales,
el que en Cipango oculta maravillosa mina,
hasta que sus antenas el viento alicio inclina
del misterioso mundo de ocaso en los umbrales.

De noche, mientras esperan ver épicas auroras,
las olas de los trópicos fosfóreas y sonoras
de mágicas visiones bordan sus sueños de oro;

ó ante sus carabelas volando á las conquistas,
miran del océano surgir en almo coro,
sobre ignorados cielos estrellas nunca vistas.

EN LAS MONTAÑAS DIVINAS

¡Azules hielos, picos de mármol gris, granitos,
soplo del ventisquero que al pirenaico seno
arranca y tuerce y quema el trigo y el centeno;
selvas llenas de nidos y de ecos infinitos!

¡Sordas cavernas, valles que antaño los proscritos
buscaban, de la regla servil rompiendo el freno,
y disputando al águila y al lobo su terreno;
lagos, torrentes, negros abismos, sed benditos!

Huyendo de la ergástula y la ciudad altiva,
aquí el esclavo Géminus alzó un ara votiva
á los sagrados montes, de libertad seguro.

Yo en estas cimas claras, mientras mi pecho vibre,
oir creeré en el aire immaculado y puro,
sonar el eco inmenso de un grito de hombre libre.

BANCO DE CORAL

El sol bajo del agua alumbra ¡extraña aurora!
la selva de abisinios corales caprichosos,
que mezcla, en los abismos de sus calientes fosos,
el animal prolífero y la viviente flora.

De cuanto la sal tiñe y el iodo negro dora,
musgos, algas, anémonas, erizos espinosos,
con la sombría púrpura de adornos suntuosos
la pálida madrepora del fondo se colora.

De su esmaltada escama velando el fuego puro,
navega un pez enorme entre el ramaje obscuro,
bajo el cristal inmóvil, del banco por la falda;

pero, de un golpe brusco, su aleta incandescente
temblar hace en la ola azul y transparente
un súbito relampago de nácar y esmeralda.

Paris.—JOSÉ MARÍA DE HEREDIA.

México.—JUSTO SIERRA.



Sueca en traje nacional.—París.—Fidencio L. Nava.

JOSE MARIA DE HEREDIA. JUSTO SIERRA.

Lo confesamos: hemos cometido un robo.

Si á juradó vamos, alegue esta confesión el defensor, como circunstancia atenuante. Los tres admirables sonetos de Heredia, soberbiamente vertidos al ánfora del idioma castellano por Justo Sierra, fueron hurtados por nosotros. No destinaba Justo á la publicidad esas versiones; no está contento de ellas; las hizo por pasatiempo y por amor á la belleza, jugando, como Hércules jugaba. ¡Traducir á Heredia! ¡Qué exasperante, qué improba labor! Pero nosotros —si la justicia nos pena, el arte nos absuelve— logramos apoderarnos de esas joyas. . . . y ahí está el oro que acendran las minas de Cipango; ahí el coral, el nácar; ahí el lapislázuli de las montañas divinas. . . . Fuimos á la casa de Justo Sierra como los gerifaltes ó neblies del soneto, y en ella vimos aparecer «estrellas nuevas.»

Nació José María de Heredia, según dice Manuel de la Cruz en su precioso libro *Cromitos Cubanos*, en Santiago de Cuba, el 22 de Noviembre de 1842, en un cafetal de las montañas de la Sierra Maestra. Su padre era hermano carnal del progenitor del poeta del *Niágara* y del *Teocali de Cholula*, y su madre era oriunda de Normandía. Educado en Francia, donde

obtuvo el grado de Bachiller en Letras, cursó un año en la Universidad de la Habana (1860). Se proponía matricularse en Jurisprudencia. Abandonó la Habana, y de regreso en París ingresó en la *Ecole nationale des chartes*, fundada para formar archivecheros paleógrafos. Vertió al francés la historia de la Conquista de Nueva España, de Bernal Díaz del Castillo. Y ha conquistado el mundo de la poesía y colgado en el altar de Grecia sus «Trofeos.»

Dice Julio Lemaître que «los sonetos de Heredia valen tanto como largos poemas, y tan sonoros son, que no es bastante la voz humana para recitarlos, pues requieren una trompa de bronce.» Paul Verlaine afirma que «el soneto ha tenido en este español singularmente francés, su gran poeta definitivo, superior á Gautier y á Saint Beuve.» Le llaman el Benvenuto Cellini de la poesía Moderna. Leconte de Lisle y José María de Heredia, son, en rigor, los más genuinos representantes de la escuela poética que lleva el título altanero de Parnaso ó secta parnasiana. «La semejanza está en la perfección y aticismo de la forma, pues, en punto á creencias, Leconte de Lisle es un nihilista absoluto, convencido y sereno, y Heredia aparece ó preocupado por destacar el rasgo princi-

pal de cada objeto, paisaje, hombre ó momento histórico, sin que entre en escena su credo de la vida; ó deja entrever, con una admiración religiosa por el pasado, un optimismo vago, un verdadero culto á la voluntad humana y á sus más enérgicos é indomables representantes.»

El incomparable é insuperable sonetista ha alcanzado la meta del perfeccionamiento en la expresión. Ha puesto su arte en la cumbre: lo ha hecho impopular, selecto, privilegiado. No buscó el aplauso de las masas; no quiso que su poesía rodara de boca en boca y de cuerda en cuerda, como romance de ciego. Para esta labor de un artificio infinito, como el del artífice indo que teje y colora un chal, tenue como la neblina é iluminado como el plumaje de un faisán, el poeta ha tenido que hacer con el idioma trabajo de naturalista, de químico y de físico, clasificando voces, organizando vocabularios, acumulando nomenclaturas, huyendo del sinónimo, y dando á la palabra un valor fijo, un empleo concreto é invariable. Su poesía, que carece de sentido para el vulgo, es para los literatos ambrosía servida en cinceladas copas de alabastro.

«Esculpe, lima y pule cada verso; desenvuelve con artificio y gracia inauditos un pensamiento en catorce versos, acrisolando el vocablo, afinando la rima, organizando el ritmo con maestría de música; y de esta labor lenta, lapidaria, resulta una estrofa perfecta. Cada estrofa supone un esfuerzo continuado, acucioso, tenacísimo; pero cada verso, por eso mismo, es un verdadero trofeo.» (Manuel de la Cruz).

Por lo anterior se verá lo casi imposible que es traducir á Heredia. Hablando Lemaître de uno de los «trofeos,» el titulado *Le Vieux Orfèvre*, dice: «Obsérvese que la *i* debía dominar en los finales de los versos, la *i* vocal aguda como una espada, menuda y fina como los diamantes; que la

silbante atenuada que se junta á la vocal aguda (*frise, irise*) trae á las mentes el cincelado, la punta que se desliza —chirria— sobre el metal.»

¿Cómo dar en castellano estos primores, esquisiteces, sutilísimos toques? ¡En castellano, idioma descuidado de su heredad, cual pródigo infanzón y retumbante y fastuoso! ¡En castellano, lengua que viste siempre de gran cola! Manuel de la Cruz observa con justicia: «En el idioma castellano, menos trabajado que el idioma francés y, por su índole, menos expresivo, acaso Heredia no hubiese podido ejecutar sus maravillosas miniaturas de líneas, colores y sonidos.»

Leopoldo Alas, sin embargo, en su último libro, cree encontrar analogías entre los sonetos de Heredia y los de Arguijo, Jáuregui, los Argensola y Góngora, particularmente los de Jáuregui. Y, en efecto, cuanto al concepto del verso y al del soneto van de acuerdo Heredia y Jáuregui. Este dijo: «Y no se ha de negar que el artificio de la locución y verso es el más propio y especial ornamento de la poesía y el que más la distingue y señala entre las demás composiciones, porque la singulariza y la reduce á su perfecta forma, con esmerado y último pulimento.» Y más adelante escribe que «lo difícil y terrible es ir galanteando el adorno de argentadas frases.»

Respecto, no tanto á esas analogías precisas y señaladas, sino á lo que en Heredia hay de *más español*, como Brunetière dijo en una conferencia, se propone hacer detenido estudio Justo Sierra. Para ello, acaso ha probado á traducir algunos de los «trofeos.» ¡Y cuáles. . . . Aquel en que más visible está la línea atávica y la energía poética de Heredia, *Los conquistadores*; el más espléndido y deslumbrante, *Le Recif de Corail*; y *En las montañas divinas*, desde cuyas cumbres se ve la azul y

quieta inmensidad. ¡Ardua labor, para la cual, sin duda, hubo Justo de sujetar sus alas de águila con una cinta caída de la flotante túnica de Iris. Hay en sus traducciones versos como éste:

Las olas de los Trópicos fosfóreas y sonoras,
que producen exactamente las sensaciones
de color y de ruido buscadas y encontra-

das por Heredia. Brinca el fósforo en la onda de ese verso rumoroso.

Ahora, y para concluir, una buena noticia: tenemos en cartera versos originales é inéditos de Justo Sierra. En ellos veréis, como dice Heredia en su poema *Les Conquérrants de l'or*, «brillar cual áscua, de la base á la cumbre, la montaña entera:» el genio del maestro.

MANUEL GUTIÉRREZ NÁJERA.

(Revista Azul).



NIHIL

Después del rudo estrago,
me enerva la quietud apetecida:
soy un inmenso y apacible lago
que retrata el paisaje de la vida;
y mis linfas que al áura se estremecen
y que la aurora tiñe de escarlata,
en las tardes azules, palidecen,
y en las noches de luna, son de plata

Soy un lago muy hondo
. . . . Y tú, que osas violar mi obscuro seno
con tus dulces pupilas entreabiertas,
por ver mi enigma y el dolor que escondo,
no hallarás en mi fondo
sino un lecho piadoso de hojas muertas

Soy un inmenso y apacible lago
coronado de sauces pensativos
Si al copiar tu hermosura,
ligeros y furtivos
los amores me rizan con su halago,
mis sueños pasionales
morirán con los trazos fugitivos
de la imagen que apreso en mis cristales.

Todo se borra en mí todo se borra
Ni conservo memorias importunas,
ni guardo amores, ni esperanzas llevo;
sólo así he contemplado tantas lunas
y siempre me ilumina un sueño nuevo;
y sólo en esta paz que me consume,
aun hallo la ilusión. . . . el polvo de oro
que, al tocarlas, nos dan las mariposas. . . .
y sólo en este olvido encuentro á veces,
algo de virginal en el perfume
que irradia de las almas y las cosas.

*
* *

¡Oh! Pálida, que inquietes el misterio
de mis aguas tranquilas,
y en ellas te retratas
mientras sobre mi espíritu desatas
la tempestad azul de tus pupilas;
¡oh! deja que impaciente
á ti se acoja mi voluble anhelo. . . .
deja. . . . deja que te ame
con un amor efímero y ardiente,
lleno de luz, de rosas y de cielo;
asómate á mis linfas. . . . y mañana,
cuando mire tu imagen tan lejana
que olvide para siempre tu belleza,
como un vago crepúsculo sombrío
rasgará las quietudes de mi hastío
el místico fulgor de tu tristeza. . . .
Deja que broten para tu alma pura
como lotos risueños mis amores,
mientras oculto á risas y congojas
bajo un sudario de marchitas hojas
el sagrado pudor de mis dolores. . . .

¡Ah! no agites mi légamo, inclemente;
es inútil tu afán. . . . mi duelo es mudo. . . .
El ideal que amé veló su frente;
y al ir en pos de sus divinas huellas,
caí en la lucha del dolor sañudo,
cubriéndome, al caer, con un escudo,
con un escudo azul lleno de estrellas.

RAFAEL CABRERA.

1905.



UN NUEVO LIBRO DE RUBÉN DARÍO

“Cantos de vida y esperanza.” “Los cisnes y otros poemas.”

Con verdadera satisfacción acabo de terminar la lectura de esta nueva obra del ilustre poeta nicaragüense. Me llega desde España, con «corazón y mente,» según dice la dedicatoria. No obstante el largo periodo de tiempo transcurrido, echa de verse que Darío no olvida á sus buenos amigos de Buenos Aires. Tampoco desdén sus respetuosas reconvenciones, sus amistosos consejos. No ha muchos meses, celebrando en las columnas de este mismo diario, la aparición de «Tierras Solares,» su último volumen de viajes, lamentaba sinceramente el abandono en que Darío relegaba á su Musa. Días después, en una de sus correspondencias, aludiendo á mi indicación, recogía el guante, y prometía imprimir en breve un libro con el título que encabeza estas líneas. La promesa se ha realizado felizmente. Uno de los primeros ejemplares ha llegado á mis manos, como un presente valioso en el instante oportuno.

Desde luego, confieso haberlo recibido con los honores y el agasajo que merece visitante de tan alta prosapia. Porque, en verdad, viene adornado con rico traje de gala. Llega envuelto en la seda de un papel transparente, á través del cual las letras de oro del frontispicio resplandecen fugaces. Lo saco de su funda, lo abro, corto una á una sus páginas. La impresión del interior me seduce. Recuerdo entonces la

pasión refinada del artista por las ediciones de lujo, el gozar de sus ojos ante las tapas de prodigiosa elaboración tipográfica, su jubilosa sonrisa en presencia de antifonarios extraños, y el gozo profundo que lo agitaba cuando conseguía descubrir algún viejo misal ó cuando tropezaba con las hojas amarillentas y venerables de un breviario medioeval ó de un palimpsesto de las épocas más remotas.

Rubén Darío amaba los libros con amor de bibliófilo. A haber nacido en Francia ó en Italia, se habría dado el gusto de imprimir sus obras con la voluptuosidad empleada en casos análogos por artistas tan distinguidos como Rostand y Gabriel D'Annunzio. Una edición semejante á la *Francesca da Rimini*, de este último, no puede sino regocijar á un espíritu delicado. El perfume del libro parece acentuarse, envolverlo suavemente, á medida que se doblan sus hojas ornadas de maravillosas iniciales, de viñetas curiosas, de interesantes mayólicas, y en que el negro y rojo de la tinta podría ser bien la alegoría del rojo y negro en que flota el alma de los personajes salientes. Experimenté una impresión de sorpresa al leer la postrer poesía del libro. No creía encontrarme con una recopilación tan nutrida, de índole tan diversa, aunque de proporciones tan homogéneas y armoniosas.

He seguido á Darío á través de sus pe-

regiraciones, esforzándome siempre por obtener su última producción. Asimismo un buen número de las composiciones que constituyen esta colección me eran desconocidas. Algunas de ellas corren ya tiempo impresas en almanaques, antologías y revistas. Pero, quizás, el núcleo más importante será para el lector una hermosa primicia.

«Cantos de vida y de esperanza» no son como «Prosas profanas» obra de juventud. Son, por el contrario: producto de un talento que llega á la madurez, que ha penetrado más bien en ella por completo. El espíritu del poeta aparece cubierto de melancolía, con un sedimento gris en el fondo, como un paisaje otoñal bajo la luz del crepúsculo. Pero, ¿no es el otoño la estación más bella del año? ¿No son los cielos opacos, los árboles moribundos, las nieblas espesas, las hojas caídas, las lluvias intermitentes y lentas, lo que contribuye á hacernos más soñadores, más meditativos, más tiernos? Sin duda alguna. Por otra parte, bienvenida la madurez cuando aporta frutos de un sabor tan penetrante y exquisito. He aquí, finalmente, el espíritu de Darío, reflejado en sus versos como en mitad de una fuente solitaria vedada al uso de los hombres. Darío ha escrito con la propia sangre de su espíritu, se ha dejado conducir por su instinto, empujar por su temperamento, y, atraído por la voz de la vida y de la muerte, ha abierto su corazón, estallando en confesiones ingenuas, de inmensa sinceridad, prodigiosas. Nunca habíamos escuchado de sus labios palabras tan interiores. Hasta ahora el artífice había desempeñado un papel más esencial que el poeta. «Prosas profanas» y «Azul» muestran una voluntad superior, directora, ante la que los movimientos inconscientes de la carne, los espontáneos accidentes de la fisiología, las insólitas rebeliones del temperamento, se hallan subor-

dinados. Hoy, en cambio, el poeta no desoye los gritos de su reino interior; no acalla el tumulto de sus pasiones; no trata de dominar, como en otras ocasiones, el impulso de sus instintos. Es su alma quien habla. Y porque dice de su dolor, de su amor, de su temor y su arrepentimiento, es, sin duda, por lo que conmueve. Y como su pensar es alto, fuerte su voz, pintoresco su lenguaje, resplandecientes sus imágenes, grave y noble su són, el canto resulta en realidad lleno de vida, y optimista y saludable como si estuviese consagrado á inculcar en los pusilánimes el retorno de la Fe y de la bienaventurada Esperanza.

Pocas son las composiciones que podríamos denominar de gran aliento. Darío no es un poeta clamoroso. Nada más distante de nuestro Andrade, por ejemplo. Sin embargo, no por eso su musa, á quien todo el mundo supone cortesana y flexible, desdeña aplicar, en la hora propicia, cuando algún grave peligro amenaza el objeto de sus predilecciones, ó cuando se cierne sobre el orbe el fantasma pavoroso del mal y de la guerra, sus labios al clarín ó á la trompeta de alarma, á fin de apercibirse, señalando á los pueblos amados de su corazón la proximidad de las legiones adversas. Desconcierta, en verdad, ver á este poeta de marquesas empolvadas y de abates galantes, en cuyas rimas sonoras y reverentes asoman, de tiempo en tiempo, matices de un Watteau sensualista, asumir diestramente actitudes de Tirteo. Pero, aun en estas circunstancias, encuentra el modo, por un procedimiento completamente suyo, mezclando con suma habilidad á los acentos broncíneos, el ritmo de la zampoña ó el rumor de la lira, de no eclipsar del todo al poeta amoroso, complicado y cortés, superviviente en él, á despecho de otro cualquiera.

En este tono, ha compuesto varias canciones, como la «Salutación del optimis-

ta,» en que, trasladando al castellano, con un talento ponderado de asimilador; el exámetro griego, usado también por los poetas latinos, evoca el pasado de Iberia, la antigua raza conquistadora; predice su resurrección, y presagia en el futuro su triunfo y gloria definitivos.

Aun sin tener en cuenta el pensamiento de la composición, de una fuerza perfecta, la amplitud rítmica, la calidad excelente de las imágenes y demás méritos que la adornan, esta poesía quedará, en mi entender, como una de las más hermosas de nuestra lengua, por su originalidad métrica y la influencia que está llamada á ejercer.

De un carácter análogo participa también la pieza bautizada con el título de «Marcha triunfal.» Ganas me dan, ciertamente, de reproducir algunos fragmentos, á fin de que los lectores puedan juzgar por sí mismos de su belleza comunicativa. No encuentro dentro de la poesía nada con que compararla. La poesía, por lo menos la poesía española ó hispano-america, no ha producido hasta ahora cosa semejante. Para poder establecer un paralelo, siquiera aproximado, hay que acudir á la música. Sólo ella es capaz de emitir su sonoridad apolínea, su poderosa instrumentación, la sinuosidad de sus giros, los meandros y arabescos en que se extiende su arquitectura, el derrumbamiento de sus acordes bajo las arcadas y arquivadas construidos magistralmente, y el choque de armonías causadas por las estrofas en un despliegue inaudito de colorido.

No ha de ser sin motivo la evocación suscitada en mi espíritu, bajo el encanto efectivo de esta marcha triunfal, de la marcha ya famosa del *Tanhäuser* de Wagner. La voz humana no puede, en manera alguna, igualar la intensidad de la música. Podrá evocarla á lo sumo. La música es el arte más abstracto, el que más satisface nuestra idealidad, á causa preci-

samente de su materia intangible. Cuanto más lejos esté de nosotros, mayor impresión producirá en nuestro espíritu. De ahí esa vida anormal, esa especie de existencia extraterrena, ese estado de sonambulismo en que la virtud y la magia, de cierta clase de música, transporta el alma de algunos seres sensibles.

La *Marcha triunfal* de Dario tiene muchos puntos de contacto con la música del más fuerte idealismo. Por su estructura limita con la sinfonía. De ella toma su orquestación sinfónica, su gravedad y su ritmo siempre elevado. Apreciada en su conjunto, la ilusión es absoluta. La palabra humana ha dado aquí el máximo de sonoridad. Casi se ha confundido con la música. No, es la música misma.

Malgrado mi voluntad, no podré analizar como quisiera, so pena de abusar de la amable hospitalidad que se me concede, cada una de las piezas de esta escrupulosa recopilación. En la parte primera, de las tres en que está dividida, el poeta dedica su numen á cantar la esperanza, aplicando su oído á las palpitations que hacen llegar hasta él los malos vientos de la tierra. Entonces lanza su voz de alerta. Toda su alma de soñador, de optimista *quand même*, sufre al contemplar el espectáculo de cosas irremediables. No es que ignore la fatalidad del destino, por lo que sostiene el culto de la esperanza, sino porque comprende la ineficacia del pesimismo. Es preciso ser fuertes. Es preciso vencer la locura, el vicio y la muerte. En ello estriba la misión del artista, nuevo Orfeo de multitudes. Mira pasar las águilas carniceras, los buitres devoradores, los súbditos inconscientes de las monarquías predominantes, y como si quisiera detener su marcha devastadora, abre su alma y canta con una voz de ave triste. En vano. El pájaro agorero es insensible al halago de la canción. Seguirá su camino hasta sentir el

áspero olor de la muerte. Entonces se abatirá, y con la garra potente dispersará los restos del festín succulento. El poeta palidecerá de horror y experimentará un dolor indecible, viendo cuán poco caso hacen de su prédica justa. La culpa será siempre suya. Pues, en verdad, ¿qué puede el ruiseñor de los jardines contra el astuto gavilán de los bosques?

Creo, sin embargo, que no es la poesía heroica la que mejor conviene á su temperamento. Ya el penetrante crítico montevideano, José Enrique Rodo, reprochóle cierto día, en un estudio erudito y espléndido de su obra poética, haber hecho servir á su musa, la plebeya actitud de un cantor democrático. Comparto dicho juicio, sobre todo, por tratarse de un artista aristocrático en extremo. Darío, como el personaje de un soneto de Mallarmé, no debería ser sino un «pastor de sonrisas.» He aquí la dulce tarea á que yo lo condenaría si tuviera imperio sobre él. Lo demás queda para Walt Whitman, como él dice en el prefacio de sus *Prosas Profanas*. Acaso el recuerdo de esta confesión le ha hecho decir en la introducción de esta obra, que «si hay política es porque aparece universal, y si se encuentra á un presidente es porque es un clamor universal.» En efecto, cuando el poeta busca su inspiración en los acontecimientos extraordinarios de la historia actual de los pueblos, páginas de la historia universal de mañana, no hay por qué vituperarlo. Pero si este poeta se llama Rubén Darío, el asunto es diverso. Su idiosincrasia está modelada con una arcilla diferente de la arcilla en que se modeló, por ejemplo, el alma de Víctor Hugo, de Manzoni y de Verdi. Esta trinidad, que ha llegado sin querer á mi pluma, cantó con predilección para la muchedumbre. Gozó de la popularidad y disfrutó la gloria terrenal, traducida en el reconocimiento de sus conciu-

dadanos y el bienestar material. Pero él confiesa no ser un poeta para muchedumbres. Por consiguiente, no amándolas, debería excusarse de cantarlas.

Con todo, la primera sección contiene, quizá, la poesía más hermosa del libro. Inaugura bellamente la obra, así como un atrio fastuoso, severo bajo el ágil esplendor de los arcos y capiteles, da del templo una inmediata sensación de grandeza.

A los que no hayan entrado todavía en relación con su naturaleza y deseen hacerlo, les recomiendo la meditada lectura de este trozo. Podría titularse «mi corazón al desnudo,» como uno de los trabajos póstumos de Baudelaire. Es admirable de sinceridad. Darío no ha escrito nada más sensitivo, más personal, más humano. Cada verso es un pedazo de su corazón. Modelo de elegancia, es también un ejemplo elocuente de altivez literaria y de piedad por las debilidades ajenas.

Equivale á una profesión de fe. A más de su valor íntimo, emanante de la idea y de la ternura del sentimiento, es irreprochable del punto de vista técnico. Hay en la imagen novedad y un brillo semejante al de los más lindos zafiros. Los versos vuelan, se hamacan pausadamente y sonríen. En el ambiente evocado hay frescura y gracia de juventud. Se oye el zumbido de la abeja en la siesta estival. Se miran cruzar las mariposas, joyando sus alas á los rayos del sol. Flota un perfume de narcisos en el aire, ligero. La sangre bulle en las venas con violencia tiránica. El amor brota de pronto en el jovial adolescente, dicta sus leyes, gobierna. Es hora de pulir las primeras estrofas. Es hora de rendir tributo á la naturaleza, y alabar sus rojas rosas, sus claveles purpúreos, las grandes flores de carne. Quede para más tarde la pintura de los lirios enfermos, de las adelfas sombrías, de las clemátidas engendradores de hastío. La selva sagrada

le atrae con su divino misterio. Su emanación le embriaga casi tanto como la belleza de las mujeres. Su lira canta la gloria de la vida infinita.

Esta composición es una verdadera maravilla. El endecasílabo está tratado con una gracia perfecta. El pensamiento, expresado con una rara intensidad, apasiona. Tiene toda la fragancia lozana de la juventud. Brota límpido y neto como un diamante cincelado. Cada hemistiquio envuelve una idea ó deja filtrar un sentimiento, como el agujero practicado en la roca suelta el hilo fresco de agua.

Cierto espíritu melindroso podría, quizá, tachar la crudeza de algunos versos y motejar los epítetos con que el artista subraya impresiones hondamente vividas. Cometería, en mi sentir, un error. El encanto reside precisamente en la libertad de ese lenguaje, en la elástica manifestación de ese estilo, enemigo implacable de la vulgaridad, de las frases hechas, de todo lo que no haya sido previamente depurado en el crisol del cerebro.

El cisne olímpico vuelve á tentar la imaginación de Darío. Hoy, como antes, el espumoso plumaje del ave legendaria, presta á su ingenio la candidez inviolada. Hay como el hundir de un remo de plata, en las ondas del lago, en que el cisne sagrado abanica sus alas, en el compás wagneriano de esta poesía. Parece bañada de resplandores de luna, adquirir la tenuidad de un capullo de nieve, irradiar la frescura de una pluma ligera suspendida en el aire. Verdad que el ave es familiar al poeta. En *Prosas profanas* demostró su comprensión, desplegando ante nuestras pupilas, en horas inolvidables, la extensión sorprendente de su gama.

Hay, además, en el libro otras joyas de inapreciable valor. Mi gusto sería extraerlas, una por una, exhibirlas al sol, revelar toda la porción luminosa que contie-

nen, semejante al artífice empeñado en realzar ante el cliente la impecable fabricación de una alhaja. Tal anhelo no es ahora posible. Sin embargo, me permito indicar algunos bellos sonetos, de estructura mallarmeana, de la sección tercera de la obra; celebrar, sin restricción alguna, la innovación introducida en el ritmo como un síntoma propicio de adelanto prosódico, reservando mi mayor elogio á la serie de los «nocturnos,» en donde Darío emite sollozos del más puro Verlaine.

Es admirable de sencillez el procedimiento, merced al cual recorre lo más recóndito de nuestra naturaleza emotiva. No asoma, en ningún momento, ni el más fugaz artificio. El hechizo fluye de la propia espontaneidad. El léxico carece en absoluto de rebuscamiento. No emplea más que las palabras de uso corriente. Pero en el fondo de ellas hay una alma que gime, narrando su desolación, su abandono, su arrepentimiento, la posesión de la carne, con una naturalidad que tiene algo de prodigioso. Yo no ignoro que algunos de esos graves escritores, atacados de trascendentalismo, calificarán de frívolo este género de poesía. Poco importa. Ellos no conocen, felizmente, la áspera dulzura de comprender. Para gustarlo intensamente, profundamente, es menester un temperamento supra sensible. Yo arriesgo más: hay que ser algo poeta. ¡Librenos Dios, por lo tanto, del espeso profesor de latín! ¡Eso es horrible! Lo mismo que el que intentara nutrir al cerdo con rosas.

Una obra de Rubén Darío —verso ó prosa— será siempre un regalo precioso. Es uno de los más altos representantes de la cultura latina, y el escritor más personal, más innovador, de más aguda sensibilidad, de la lengua española. Es un arquetipo de artista.

EUGENIO DÍAZ ROMERO.

ACUARELA

El lago dormita.
 Á un lado recita
 La fuente su cuita.

El limpio cristal
 Refleja el juncal
 Y el verde sauzal,

Y ya en el confín
 El sol al jardín
 Da un tinte carmin.

Los lirios morados
 Tienen encantados
 Pistilos dorados;

En la punta rosa
 De un junco se posa
 Una mariposa,

Y el cuadro nipón
 Da grata impresión
 Por su concisión.

Á orillas del lago
 Se siente el halago
 De algún cuento vago;

Un viejo reproche
 Se oculta en el broche
 Negro de la noche;

Y mientras la luna
 Se escapa de una
 Nube densa y bruna,

Cuatro cisnes blancos
 Surgen de los flancos,
 Y en marcha triunfal,
 Los bajeles blancos
 Surcan el cristal.

ALVARO GAMBOA RICALDE.

México, 1905.



J. VELAS: 901

DOS ENCOMIABLES ACTOS

DE

DON JOAQUIN CASASUS

Hace días, la prensa, que viene ocupándose de la interesante y alta personalidad del nuevo Embajador de la República en Estados Unidos, Don Joaquín D. Casasús, hizo pública la siguiente carta:

«Sr. D. Alberto Villaseñor. — Ciudad.

Mi muy querido amigo:

«Cuando usted me expresó su deseo de continuar en Europa sus estudios, le ofrecí que habría de ayudarle para llevar á cabo su propósito; y en cumplimiento de aquella oferta, tengo el gusto de remitir á usted una libreta del Banco Central, de la cual aparece que está depositada en su nombre y á su disposición, la suma de (\$5,000.00) cinco mil pesos.

«Usted sabe muy bien que sin esfuerzo ni sacrificio alguno de mi parte, he podido reunir esa suma; y como en mi casa quieren á usted todos por igual: mi mujer, mis hijos y yo, en nombre de todos va ese obsequio, que habrá de contribuir á que usted llegue á ser una legítima gloria nacional.

«Si usted logra realizar sus ambiciones y nosotros todos podemos tener el gusto de haber contribuido á ello, habremos obtenido una de nuestras más gratas satisfacciones.

«Sabe usted con cuánto cariño soy su amigo que le quiere,

JOAQUIN D. CASASUS.»

Esta carta, singular y bella, es un raro ejemplar en el epistolario de nuestros próceres; nunca un laurel ha sido discernido de manera tan discreta y tan eficaz, con un gesto tan bello de desinterés, de noble entusiasmo y de claro juicio.

Después de leer esta carta, vienen á la memoria las cláusulas del Evangelio de la Riqueza de Carnegie, cláusulas que, como todas las que entrañan una «buena nueva» en el sentido revelador de la palabra, tienen mucho de redentor y de sublime y están muy por encima de las mediocres leyes que en el aplanamiento de nuestra época norman la vida de los hombres.

Gran obra de superior cultura y de alto y trascendente patriotismo hace el Sr.

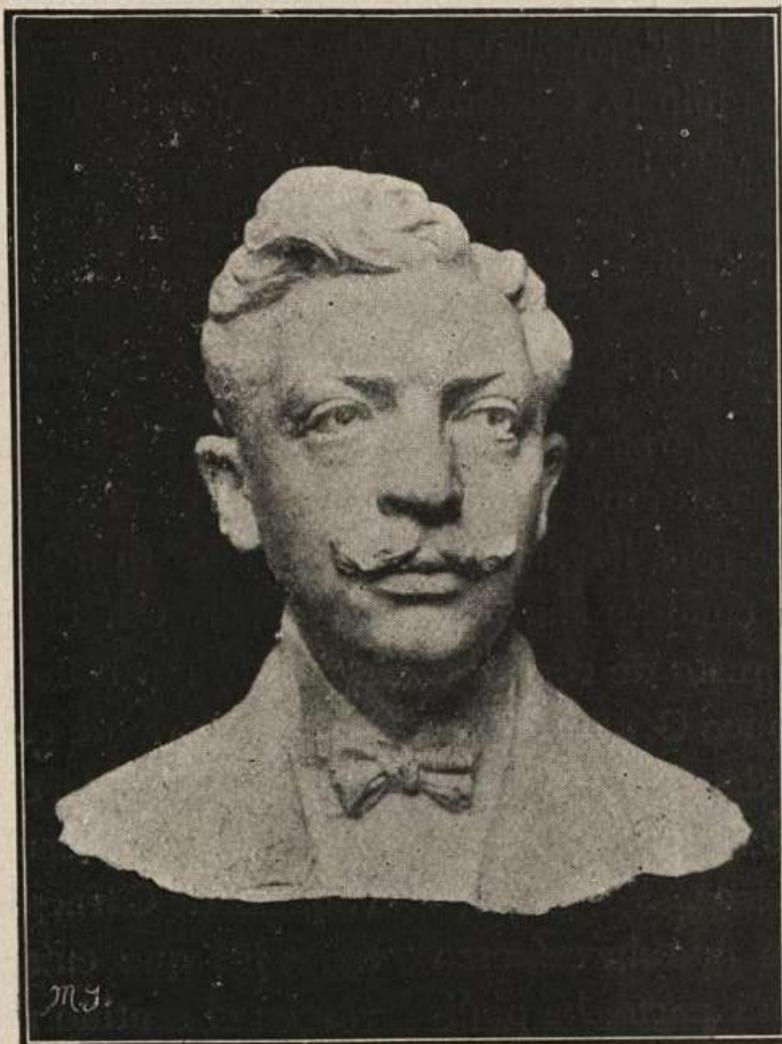
Casasús cuando consuma tales actos. Estimular á los artistas, á las altas intelectualidades, es una brillante manera de engrandecer á la patria. El hecho que entraña la carta anterior no es aislado, pues su autor, en esos mismos días, expensó generosamente á nuestro compañero, el joven pintor Roberto Montenegro, para que fuera á París á desarrollar y afirmar su prestigioso talento. Obrar así, «ayudando á los que se ayudan,» impulsando á quienes lo merecen, es y ha sido siempre un noble sistema de conducta en el Sr. Casasús, un noble proceder que el grande y venerable John Ruskin, el autor de la «Re-

ligión de la Belleza,» aprobaría con su intensa y dulce sonrisa de patriarca y de esteta.

Actos como los del Sr. Casasús, honrando á su autor y á la Patria, elevan el espíritu y lo llevan á esas épocas radiantes que nos parecen legendarias de los Mecenas, de los próceres sabios y pródigos. Suenan ilustres nombres: los Duques de Urbino, Ludovico el Moro, Lorenzo el Magnífico, todos los «fattori del Arte» del Renacimiento Italiano.

Y grande debe ser, en verdad, quien tales grandezas rememora!

J. J. T.



Ingeniero Manuel Arratia.—París.—Fidencio L. Nava.

GOBELINO.

De su lecho de reina de Saba, en que culmina
la llama de una púrpura violenta y voluptuosa,
envuelta en una tenue, flotante muselina,
el Alba se levanta más fresca que una rosa.

En uno de sus hombros madrugadora trina
la alondra, que es la aulétrida sagrada de la diosa,
y mientras vibra el trino, la estrella matutina
palpita en sus cabellos como una mariposa. . . .

Tal es, cuando el sol divo le dona su tesoro,
—como el Salomón rubio de la leyenda de oro.—
La sangre de sus labios se enciende en besos rojos;

los cielos se arrebolan al hálito febeo,
y las nubes se tiñen en fiebres de deseo
como mejillas blancas cubiertas de sonrojos.

RAFAEL LÓPEZ.



Sueca en traje nacional, bailando «Pas de quatre,» según costumbre del País.
Fidencio L. Nava.—París.

AUTORES QUE COMIENZAN

EL ÚLTIMO DESEO DE NERÓN

I

Es una estancia magnífica. Distinguen- se, á la desvanecida claridad del crepúsculo, las paredes de mármol purísimo, cu- biertas, en parte, por magníficas pinturas de paisajes mitológicos. El piso está pavi- mentado con mármol rojo de Corinto; pesados cortinajes de púrpura de Tiro, con anchos bordados de oro, caen sobre las puertas; áureo pebetero esmaltado de pie- dras preciosas desparrama en la cálida at- mósfera el olor desmayado de un perfume asiático; sobre un artístico y artesonado ba- samento de lapislázuli, albea una gloriosa Afrodita del divino cincel de copas; espar- cidos aquí y allá con deliciosa asimetría, des- tácanse soberbios triclinios de marfil, con suavísimos cojines de Persia, llenos de bor- dados de oro, salpicados de pedrería, que despide gloriosos reflejos policromáticos al ser besados por la luz muriente de la tarde; contornéanse lámparas de oro y de alabas- tro simulando mujeres bellísimas ó anima- les quiméricamente horribles; en hermosísi- mas ánforas griegas, colocadas sobre jó- nicas columnas, chorreantes de algas y rosas de mármol, yérguense apretados manojos de frescas y bien olientes flores; taburetes de oro y marfil destácanse aquí y allá; y en un triclinio de plata, recostado suave y lánguidamente entre los pérsicos

cojines, con su toga finísima de seda divi- namente bordada, con el laurel triunfal circuido á la frente; con un collar de ru- bies que después de dar varias vueltas por su cuello, rueda por su pecho como gotas de fuego y de sangre; con el codo hundi- do entre los sedosos cojines y con la ebúr- nea mano, parpadeante de piedras precio- sas, apoyada en la mejilla; y con la diestra asiendo la sonora lira de plata adornada con verde rama de adelfa, así, así estaba él, el siniestro semidiós de la Roma deca- dente, contemplando el crepúsculo glorio- so de aquella tarde perezosa y divina.

II

La tarde iba recogiendo su amplia clá- mide purpúrea que el rey-sol había tendi- do de colina en colina; ibase esfumando aquel desfallecimiento prolongado de tin- tes cálidos y suaves, que brillaban en la espléndida gloria de Occidente; y la noche descolgaba su armada de sombras y aso- mábase con su opulento manto azul salpi- cado de anémicas y parpadeantes estrellas, en el límpido y terso espejo de las aguas murmuradoras del Tiber.

Nerón, inmóvil, con la mirada perdida entre la noche, parecía sumido en profun- dos pensamientos, hasta que, levantando

un cortinaje, penetró su liberto Epafródito acompañado de un esclavo, vinieron á sacarle de su éxtasis contemplativo. Encendió el esclavo las lámparas atenuando el brillo de sus llamas con globos de vidrio de Alejandria, que desparramando sus luces suaves, de colores desfallecientes alejaron el cortejo de sombras que se había refugiado en la espléndida estancia neroniana.

Después de haber salido el esclavo que encendió las lámparas, dijo Nerón, poniéndose en pie: acércate, Epafródito.

—Hablad, divino, dijo el liberto acercándose.

—Quiero ir á Egipto. En esta Roma me hastío. Todo me cansa, todo me fastidia. Ninguna sensación nueva hace vibrar la lira de mis nervios. No me divierto. Esta ciudad es para mí terriblemente fastidiosa y horrible. Cuando la ví envuelta en roja clámide de fuego, creí que surgiría de sus cenizas más bella, más hermosa pero, ¡he aquí que brotó lo mismo que antes! Si, Epafródito, hijo mío, me hastío sobremanera, no me distrae nada, veo mis jardines siniestramente iluminados por antorchas humanas; veo carne rosada y virgen desgarrada por tremendos zarpazos en el circo; veo ancianos, mujeres, niños despedazados en la arena ensangrentada; he matado muchos hombres; he derramado mucha sangre: y no me divierto. Estoy hastiado de todo. He enervado mi cuerpo con placeres nunca soñados; he sentido infinitos espasmos deliciosos en las orgías abrumadoras; he encontrado los refinamientos más exquisitos del placer de la carne; y, sin embargo, mi alma está enferma de hastío. Fui á Grecia, la tierra inmortal del Arte y de la Gloria, y con mi cuádriga fogosa, y mis divinos versos apolíneos, conquisté coronas y arranqué miles de aplausos entusiásticos á las muchedumbres inquietas; y ahora, ahora, iré á

Egipto y le arrancaré su amor, á esa soberbia mujer de piedra que vive en medio del libico desierto.

Sí, quiero ir á Egipto; quiero ir á besar en la boca á la Esfinge. Hasta ahora esta idea sólo ha vivido la vida del ideal; pero ya es tiempo de que vea hecho realidad y palpe mi deseo acariciado por tantos días; quiero ir al desierto y besar con besos profundos la boca de esa bien amada mujer que se perfila gloriosa entre el polvo de oro de mis ensueños divinos. Quiero besarla, porque ya estoy cansado de poner mi labio en la *boca loca* de estas romanas pervertidas; porque hasta el mismo fuego de Vesta ha sido profanado; por eso quiero besar en esa boca inviolada, porque quien, dime, ha sellado con su beso esos labios eternamente plegados; en qué ojos se ha reflejado lánguida esa mirada de piedra? Por eso quiero besarla, Epafródito, por eso.

Todas las noches, cuando el sueño con sus dedos de rosa cierra mis párpados, entonces la veo erguirse de entre aquel mar de arena humeante al contacto del flavo é intenso ósculo del sol; la veo coronada de estrellas que tiernamente me sonríe y me llama; la veo acompañada de su cohorte de pirámides inmensas que se empujan para asomarse al lago azul y profundo de los cielos infinitos.

—Anda, Epafródito, dí á Tigelino que saldré dentro de dos días para el desierto, que disponga todo.

Epafródito se inclinó desapareciendo tras un purpúreo cortinaje.

—Sí, continuó Nerón, dentro de dos días iré á verte, ¡oh reina del desierto! te veré y estamparé mi beso profundo en tu boca sin sonrisas, en una noche blanda y sublime, en que la luna nos bañe divinamente en su nácar, en que las estrellas rimen su estrofa de luz entre los pliegues gloriosos y profundamente azules del pello divino de la noche

III

La noche está intensamente negra; los rayos nacarados de la luna no cabrillean por las aguas tersas; entre los pliegues de la sombra no hay cintilante parpadeo de astros; en la fronda no hay aves que desparramen su trova gemidora; y ni elevan hacia el cielo su suave aliento delicioso las violetas, los nardos y los lirios que salpican las verdes márgenes del Tiber. Inmensas nubes negras atraviesan el éter como góndolas enlutadas; el viento agita furiosamente la cabellera oscura de los árboles; gruesas gotas de lluvia cruzan la atmósfera entenebrecida y triste; el trueno retumba entre las cuencas de las colinas lejanas; y el relámpago traza, en la negra pizarra de los cielos, qué sé yo qué palabras fulgurantes y cabalísticas la tempestad se acerca.

* * *

En la Villa de Faón, en una pequeña estancia cuyas sombras disipan la opalescente luz de las lámparas que se cierne y se suaviza al través de las gasas finísimas del Indo que velan el fulgor de sus llamas; sentado en un escabel con los codos sobre las rodillas y la cabeza entre las manos y hollando la manchada felpa de una soberbia piel hircana, está Nerón abismado en hondas meditaciones, hasta que el ronco retumbar de la tormenta desencadenada vino á sacarlo de sus pensamientos; y levantando la cabeza, dijo, dirigiéndose á su liberto Epafródito, que estaba en pie frente á él:

—Ayer, contemplando el incendio divino del crepúsculo, te contaba el deseo que desde hacía días aleteaba en mi mente, creyendo que mañana, cuando las pensativas estrellas abriesen sus pupilas de plata, ya estaría viendo hecho realidad este ensueño acariciado por tantos y por tantos días; pero hoy, me alejaba yo en alas

de mi pensamiento hacia el desierto incandescente para contemplar á mi bien amada, cuando precipitadamente entra uno de mis libertos desgarrando de un solo golpe la áurea urdimbre de mi ensueño. Divino, Divino, me dice, las legiones de España y de las Galias se han sublevado y han proclamado emperador á Sulpicio Galba, el Senado lo acaba de aprobar condenándoos á la pena de azotes y á ser decapitado huid, huid, salvaos, aún es tiempo, Divino! Creí que mi razón se apagaba al caer esa noticia tremenda sobre mi corazón pero luego entraste tú y otros esclavos y me sacaron de mi palacio huimos y héme aquí, pero de aquí, continuó Nerón poniéndose en pie, saldremos rumbo al desierto para dejar caer la música rumurosa de mis besos de fuego, sobre la boca sin sonrisas de la Esfinge. Pero ay! Epafródito: ¡escucha! escucha ese galope precipitado de caballos, que en sus alas trae el viento, ¡escucha! son ellos, sí, son ellos, los soldados del pretorio, que vienen á prenderme! ¡Estoy perdido! pero toma, toma este puñal y clávalo en mi garganta, Epafródito, hijo mío!

—No, divino, salvaos

—No, clávalo, clávalo en mi garganta, ya que, náufrago de mi ideal, veo palidecer y veo hundirse mi deseo divinamente hermoso; clávalo, que quiero alejarme de las playas de la vida, así, en pleno ensueño! Precipitate, Epafródito, que se acercan los soldados.

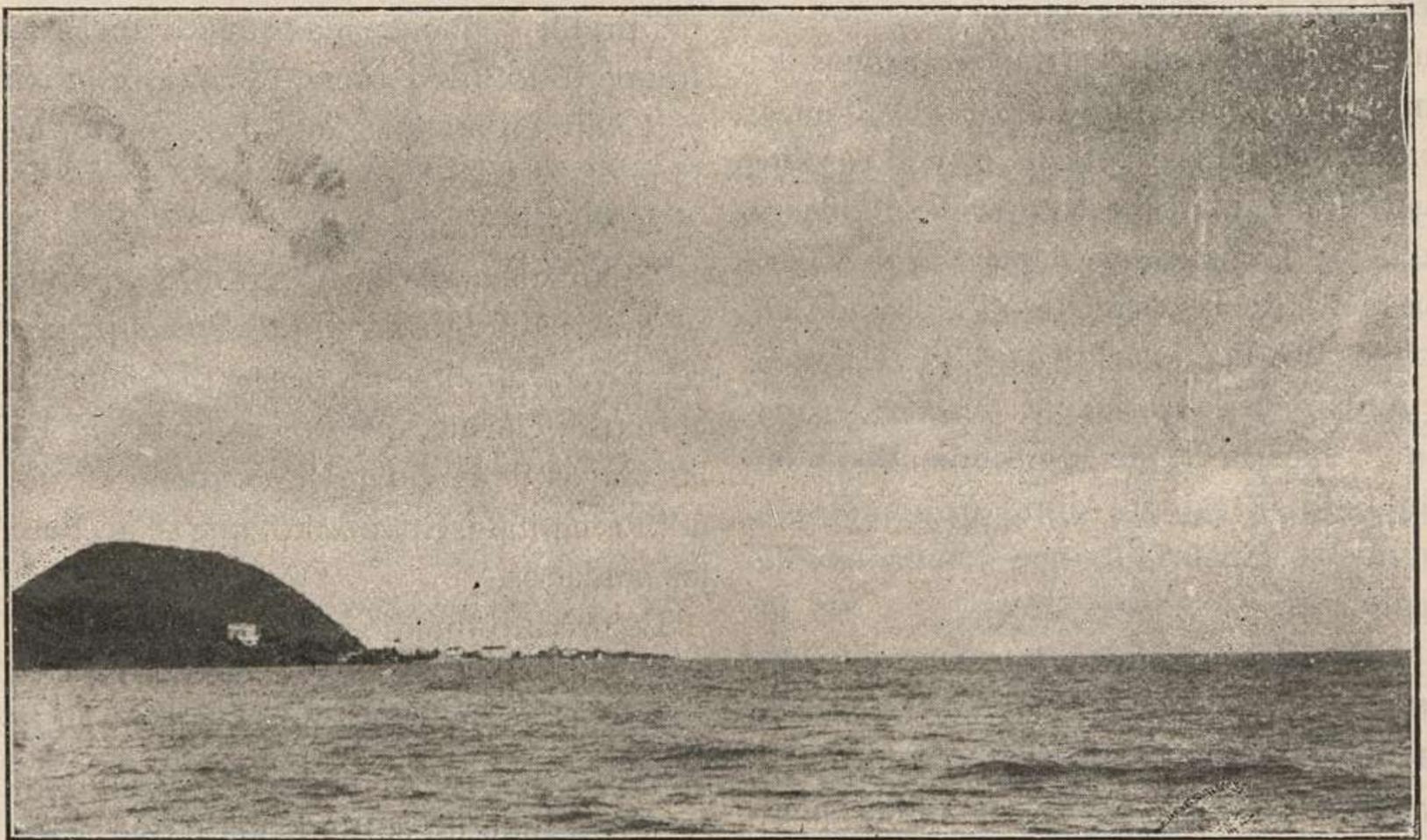
Epafródito hundió con mano temblorosa el puñal en la garganta del terrible semidiós de la Roma decadente, que cayó á sus pies agonizante, retorciéndose convulso y lanzando un sordo gemido que se disolvió en el ambiente tempestuoso de la noche.

ASTOLFO DE NERVAL.

Saltillo, 1904.



Chapala.



El Lago.—Chapala.

ROBERTO MONTENEGRO

El 30 del pasado salió para Nueva York, para embarcarse allí con destino á Paris, el joven dibujante y pintor Roberto Montenegro, que durante algún tiempo colaboró en la ilustración de nuestro periódico. Todos los que entienden de Arte están de acuerdo para augurar á Montenegro un brillante porvenir artistico. Tiene, en efecto, el artista grandes y raras facultades entre las que descuella un refinamiento natural que imprime á todas sus obras un sello de singular elegancia; tiene hondo sentimiento de la línea y del color y entre todas esas cualidades asoma ya una personalidad muy marcada, que una vez de-

finida regocijará y admirará á todo amante del Arte.

A través del océano sigue nuestro cariño al artista, y nuestras páginas esperan sus obras futuras. Que trabaje mucho, que rehuse toda sugestión, que no le venga imperiosa y directamente de la Naturaleza misma. Que no tenga compadrazgos en Arte, ni tenga camaradas más que para emularse y trabajar sin descanso. Con todos puede darse cita en la radiosa cumbre; pero á ella debe llegar por un camino que sea el suyo y el suyo nada más.

Y en espera de verlo, allí, le enviamos la seguridad de nuestro cariño y de nuestra confianza en su noble futuro de Artista.



NOTAS BIBLIOGRÁFICAS

“**Les Thuribulums affaisés,**” por Espmer Valdor. Paris, 1905.—Un poeta hermético y artificioso desde su nombre mismo. Un lirismo baudeleriano, sensual y místico, que se complica con glifos que no son hieroglifos como los de Mallarmé. Ululaciones de neurósis aguda, maullidos al claro de luna, de la muerta luna decadente, por los tejados llenos de tiniebla de un simbolismo vertiginoso. A veces gritos bellos y humanos y justas ironías como en «Vivre» ó como en «La bonne tache accomplie.» Y que un poeta se esconde tras las volutas del incienso baudelairiano, de los boscajes neopaganos, de las mil máscaras que hacen gestos en esas rimas de libertina asonancia, es indudable.

Pero con su catalepsia, con su vida juvenil que juega á la muerte, con sus bálsamos, su mirra, sus cintajos, su penumbra de cripta, ese numen se nos antoja una suntuosa momia, vendada, perfumada, dorada, en el fondo de un frío y tenebroso sarcófago de basalto. . . .

“**Vida Literaria,**” por José D. Corpeño. San Salvador, 1905.—Libro interesante, aunque un tanto superficial en sus juicios. Es fácil y ameno. Tiene de todo: crónicas, ensayos, opiniones literarias sobre Ruben Darío, Gorki, Tolstoi, Bourget, Mosfener, Vargas Vila. Como mero «croniqueur» no es nada exclusivo, fácil es verlo, y practica un amplio y optimista diletantismo. Pero su obra sincera y nada presuntuosa es amable y simpática en general, y considerada en el medio en que se produjo, en el Salvador, acrece sus méritos y resul-

ta muy eficaz para la educación del buen gusto.

“**El Sargento Primero,**” por Delio Moreno Cantón. Mérida, 1905.—Puede esta ciudad vanagloriarse de ser después de la Metrópoli el centro de mayor movimiento literario. Un solo correo nos ha traído «Gérmenes,» versos de Novelo, bellamente editados; «Melancolías,» obra poética de José M. Pino S., y la novela de Moreno Cantón, cuyo título epigrafió estas líneas. Esta novela, en forma de diario, nos cuenta el drama íntimo y vulgar de una mujer proscriba del amor y de sus alegrías. El mismo autor, en el breve proemio, sintetiza así su obra: «El que tenga, por el contrario, afición al estudio de los problemas sociales, de los sentimientos y las pasiones de una vida; el que quiera penetrar en las interioridades de un drama, pero de un drama silencioso y enteramente subjetivo, continúe pasando la vista por estas líneas, que acaso experimente un movimiento de simpatía hacia aquel corazón, que vino al mundo como un rosal pletórico de savia y de perfume, y que no obstante floreció secretamente en el rincón olvidado de un jardín.»

La novela que se lee con interés está escrita sin galas de estilo, que no cuadrarían en el diario de una mujer, pero con claridad y sencillez, cualidades que con otras más que el libro tiene, hacen muy agradable su lectura.

Del tomo de versos «Melancolías,» del Sr. José M. Pino S., hablaremos en las próximas «Notas,»

J. J. T.

REVISTAS

De cómo dió vida Ricardo Wagner á su grandioso drama lírico, *Tristán é Isolda*, da cuenta Henry-Roujon en un artículo que inserta en *Le Figaro*, de París.

Wagner, refiere, tuvo que abandonar un día á Dresde, donde radicaba, y refugiarse en Zurich, sospechoso de republicanismo.

Proscrito, pobre, desconocido del gran público, vivía con su primera mujer, Minna, correcta compañera, aunque de carácter algo arisco y desconocedora del genio de su marido, cuando un rico comerciante, Otto Wesendonk, de espíritu abierto y leal naturaleza, lo conoció, y dejándose convencer por sus teorías, convirtiéndose en apóstol de la nueva escuela del gran músico alemán.

Wesendonk, que estaba casado con una joven de veinte años, Matilde, criatura dulce y soñadora, apasionada por las sonatas de Beethoven y las estrofas de Schiller, abrió á Wagner las puertas de su casa, iniciando en la vida del maestro un nuevo período asaz prolífico para la historia del arte.

Desde el primer momento las almas de Wagner y Matilde se comprendieron. Un peligroso contacto, puramente intelectual, se estableció entre ambos; juntos leían sus autores favoritos; juntos cantaban sus sentidas melodías..... y aquella unión psíquica fué fecunda; de ella brotó el germen de *Tristán é Isolda*.

Fué tal el cariño que Otto Wesendonk cobró á Wagner, que hizo construir cerca de su *villa* de millonario, un pabellón don-

de le dió albergue; ahí encontró el músico el sitio soñado donde podría trabajar, lejos del mundo, sin fingimientos ni concesiones, y ahí comenzó á sentir en su alma las mismas luchas de Tristán: el agradecimiento combatía con el amor que Matilde había despertado. Ella iba todos los días á la morada del genio; el amor se desarrollaba en los pechos de los dos, potente, avasallador, como si Grangoene lo hubiese originado con su mágico filtro; en tanto, Otto, ignorante como el rey Marco, sin percibir la tormenta de pasiones que en torno suyo se formaba, seguía dando conciertos y comidas.

Wagner y Matilde quisieron resistir á su amor; formaron el propósito de que su cariño no pasara del más puro platonismo. Ella, virtuosa y madre, repugnaba con toda su alma la caída; él, honrado y orgulloso, la consideraba una bajeza, sintiéndose tan ligado á Otto por la gratitud, como el caballero Tristán al rey de Cornuailles; pero las diarias entrevistas continuaban; el sufrimiento del amor ahogado se desvanecía en la lucha por la conquista de la belleza, y Wagner escribía febrilmente un poema en que reflejaba su inmensa pasión no satisfecha.....

Así transcurrió el tiempo, hasta que un día el poeta músico llevó á Matilde el manuscrito de «Tristán é Isolda»..... En la alegría del triunfo la lucha no fué posible y el pecado se consumó.....

Su caída les dió vergüenza. Wagner, lleno de amor y pesadumbre, dejó la casa de Otto. Cuando el *rey Marco*, á la sazón ausente, regresó de una cacería, *Tristán* había partido para Venecia.....

Pasó el tiempo. Wagner dejó de ser perseguido. Triunfó. Llegó á ser el favorito de un rey del teatro. Fué rico, célebre, tan feliz como puede ser hombre alguno, y entonces contrajo segundas nupcias, mientras Matilde, en su retiro, olvidada, sumida en sus remordimientos, vivía con la nostalgia del pasado.

Wagner, que había vuelto á verla antes de casarse de nuevo, atreviéndose á besar su mano, conmovido y delante de todo el mundo, le hizo todavía una visita de boda. Y cuando «*Tristán é Isolda*» se estrenó en Munich, creyó deber invitarla. Ella, naturalmente, no fué..... Vivió en el misterio; aplazó su venganza y su reivindicación para después de su muerte. Y cuando falleció, hace dos años, ordenó á sus herederos que publicasen las cartas y el diario en que Wagner consignó el estado de su alma durante aquellas relaciones.

Había callado en vida; pero no quiso que después de su muerte ignorase el mundo que á ella le correspondía una parte en la creación del admirable drama lírico. Su voluntad se ha cumplido; el libro, con las cartas y el diario de Wagner, acaba de ser editado, y de allí toma Henry-Roujon la anterior poética historia, tan prosaicamente desenlazada.

*
* *

En Mayo del año actual, comenzó á publicarse en Mérida (Yucatán), una nueva revista de literatura, que lleva el título de *Arte y Letras*.

Sus tres primeros números contienen material inédito, están exornados con artísticas viñetas, y traen, á una plana, el retrato de un escritor yucateco. El de la poetisa Julia D. Febles, ilustra el último número.

*
* *

La segunda época de los *Anales del Mu-*

seo Nacional de México, se presenta mucho más interesante que la primera.

Es ésta, no cabe duda, una publicación de grande é inestimable valor para los iniciados, y aun para los simples aficionados á los estudios étnicos y arqueológicos, y la única, seguramente, en su género, que se publica en toda la América.

La última edición, profusa y artísticamente ilustrada, contiene el siguiente sumario:

Una exploración á la cuenca fosilífera de San Juan Raya, Estado de Puebla, por el Dr. Manuel Villada; *Una carta inédita* del Lic. José F. Ramírez (Manuscrito del Museo); *Algo sobre los zapotecas y los edificios ó «Palacios» de Mitla*, conferencia arqueológica dada en el Museo por el Ingeniero J. Galindo y Villa; *Real orden prohibiendo la «Historia de América» por Robertson*; *La Colección de antigüedades de D. Antonio León y Gama* (Notas).

*
* *

Juvenilia, es una simpática revista literaria ilustrada, que un entusiasta grupo de jóvenes ha comenzado á publicar en Mercedes, Provincia de Corrientes (Argentina).

*
* *

Da cuenta *Le Theatre*, la bellísima revista de espectáculos francesa, del furor que actualmente está causando en la tierra del Kaiser una actriz á la que se puede llamar «la Duse alemana.»

Agnes Sorma, es el nombre de esa nueva celebridad en el arte dramático. Hizo su aparición en la escena del «*Deutscher Theater*,» de Berlín, el año de 1883, haciendo la *Nora* de «*La Casa de Muñecas*,» de Ibsen, y el éxito de su «debut» fué de tal manera estupendo, que el mismo Ibsen, al verla, exclamó: «He ahí mi *Nora* soñada, mi ideal realizado.»

La Sorma se encuentra hoy en el pináculo de la gloria, y, como otras grandes artis-

tas extranjeras, ha querido presentarse ante el público de París y recibir la consagración de la Ciudad Unica.

Estando ya para realizar ese ensueño de toda su vida, la prensa de la capital de Francia comienza, como quien dice, *á prepararle el terreno*. *Le Theatre*, la revista á que nos referimos, dice á propósito de esto: «Después de Adelaida Ristori, Eleonora Duse, María Guerrero, Salvini, Rossi, Novelli, grandes figuras escénicas del arte latino, empezamos á conocer los talentos dramáticos de los países del norte, de los que París ignora la potencia y el encanto penetrante.

Será curioso ver, agrega, si hay en París un auditorio suficientemente instruido en la lengua alemana, para comprender los dramas desconocidos que vendrá á presentar Agnes Sorma, porque es casi seguro que ella no se limitará á las obras de Sardou ó de Scribe, y que compañeros dignos de su valer vendrán á traducir, en buen alemán, sensaciones y pasiones alemanas.

*
* *

Anuncia *L'Ermitage*, de París, la aparición de estos nuevos libros de sus colaboradores: *Promenades Philosophiques*, por Rémy de Gourmont.—*Considérations sur l'Esprit et les Mœurs*, por Senac de Meilhan, con una noticia y un comentario por Fernand Caussy.—*Jean Moréas*, su biografía, por Jean de Gourmot.—*Le Centaure*, por Maurice de Guérin, precedido de una noticia por Edmond Piton.—*Reliquiæ*, por Eugénie de Guérin, precedido de una noticia, por Edmond Pilou.—*Une plaquette de vers*, por Francis Jammes.

*
* *

Bajo la dirección del Consejo Superior de Publicaciones, que preside el Sr. Dr. Porfirio Parra, la asociación científica mexicana «Leopoldo Río de la Loza,» viene publi-

cando, desde el mes de Abril de este año, unos *Anales* que tienen por objeto recopilar en tomos de 400 páginas los trabajos más notables de los socios que forman tan distinguida agrupación.

Cuatro entregas van hasta hoy repartidas, todas ellas sumamente interesantes en el fondo y correctas en su forma.

*
* *

Los matemáticos, dice M. Christian Cornélissen en la *Revue des Idées*, estudiando cuáles son los servicios que las matemáticas pueden prestar á las ciencias sociales, han descubierto que existe un hombre ideal, abstracto, que, puesto en condiciones de antemano establecidas y obediente tan sólo á la busca de su bienestar material inmediato, debe fatalmente obrar de la manera preestablecida por las matemáticas. Sin embargo, el hombre ideal, el *homo æconomicus* que ellos han construido así, lo representa todo, excepto cabalmente el hombre real, que vive en un medio económico y social, también real: visto cerca, ese *homo æconomicus* se asemeja mucho á un *homo mathematicus*. En vez del hombre que vive en sociedad, los matemáticos han montado un ser ficticio movido por resortes, algo como un autómatas económico.

Aun criticando aquí las teorías generales de la Economía pura, en manera alguna pretendo negar la utilidad, en esta como en toda otra ciencia, de una cierta división del trabajo entre quien formula y quien aplica la teoría; ni pretendo que en toda ciencia deba en principio quedar separada la teoría general de la aplicación práctica. Así como estudiar científicamente la Anatomía ó la Patología, es cosa distinta de tener un consultorio, de la misma manera una cosa es estudiar la Economía y otra proyectar medidas político-económicas en materia de organización obrera. Sin duda pueden diferir las opiniones sobre el momento en que cesa para el economista la teoría general y empieza la aplicación práctica á la vida so-

cial; pero hay diferencia entre admitir la distinción de Economía general y aplicación directa de ésta, y no admitir la abstracción matemática en materia económica.

Las objeciones que he hecho como economista á las teorías de la Economía pura, serían formuladas quizá en los mismos términos, por los que estudian las creencias y las costumbres de los pueblos semicivilizados, en el caso en que se intentara imponerles una ciencia abstracta llamada «Etnografía pura.» En efecto, se podría pretender que, con la fundación de esta ciencia, ya al estudiar al hombre en sociedad, no hubiera que hacerse con el conjunto de las influencias geológicas, climatológicas, étnicas, psicológicas, históricas, etc., sino que con ayuda de las matemáticas y suponiendo ciertas condiciones preestablecidas, se resolviera todo problema especial (sigamos el sexual, por ejemplo), en una forma abstracta. Se podría pretender que bastara (como basta en Economía para los matemáticos), formular para cada caso especial tantas ecuaciones como incógnitas, ni más ni menos.

*
* *

El Bollettino Commerciale que nuestro Consulado General en Italia edita mensualmente, dice en un número correspondiente al mes de Julio próximo pasado:

«Nos es sumamente grato llamar la atención del público que se interesa de la vida intelectual de México, sobre la «Revista Moderna de México,» en cuyos últimos números de Abril y Mayo, da la mejor prueba de cuanto vigor y originalidad tienen sus ilustrados directores, señores Jesús E. Valenzuela y Amado Nervo.

*
* *

El *Jorurnal des Debats*, trae en uno de sus últimos números el siguiente relato:

Un hombre harapiento, pálido, demacrado, camina vacilante por la acera de una de las calles de mayor movimiento, de Nueva York. De improviso descubre sobre el asfalto un pedazo de pan y bájase y lo recoge precipitadamente. Al mismo tiempo aparece un perrazo de Terranova, que se lanza sobre él y le disputa su presa; el mendigo defiende su pedazo de pan, y el animal, enfurecido, gruñe, le enseña los dientes, luchan, por último, á brazo partido, y el hombre y el perro ruedan por el pavimento; pero la bestia domina al pobre diablo y se aleja triunfante llevándose el alimento.

Muchos transeuntes presencian este salvaje espectáculo; levantan al hombre, que yace, al parecer, sin sentido; lo rodean y comentan entre sí el bárbaro acontecimiento. Uno de ellos, profundamente conmovido, se resuelve á hacer una colecta, y las monedas, de todos tamaños, llueven por todas partes.

El hambriento recobra el conocimiento, da las gracias á todos, llenos los ojos de lágrimas jubilosas, y se aleja en busca de una panadería.....

El hecho se repite una, dos, tres y hasta cinco veces en distintas calles y un inexorable agente del orden, acaba por detener al hombre y descubrir que el perro estaba amaestrado para esta farsa; hacía su papel con gran naturalidad y ejecutando ambos *artistas* su drama en todos los barrios de la ciudad, sacaban una renta de 20 á 25 duros diarios.

*
* *

Arte y Letras, revista local, ilustrada, que edita el Sr. Lic. D. Ernesto Chavero, acaba de cumplir un año de publicación, y el número consagrado á festejar ese fausto suceso, es, seguramente, el mejor que ha repartido á sus abonados. Trae, entre otras cosas, una muy buena policromía.

L. C.

SOBRE LA PIEDRA BLANCA

POR

ANATOLE FRANCE.

I

Algunos franceses, ligados por la amistad, que pasaban la primavera en Roma, se encontraban frecuentemente en el Forum desenterrado. Eran José Leclerc, «attaché» de embajada en vacaciones; el señor Goubin, licenciado en letras, anotador; Nicolás Langelier, de la antigua familia parisiense de los Langelier, impresores y humanistas; Juan Boilly, ingeniero; Hipólito Dufresne, hombre independiente que amaba las artes.

El primero de Mayo, hacia las cinco de la tarde, franquearon, como de costumbre, la puerta septentrional, desconocida del público, donde el comendador Giacomo Boni, director de las excavaciones, los acogió con su amenidad silenciosa y los condujo hasta el dintel de su casa de madera, sombreada por laureles, troenos y citisos, que domina esa vasta fosa excavada, el siglo último, en el mercado de reses de la Roma pontificia, hasta el suelo del Forum antiguo.

Allí se detuvieron y miraron.

Frente á ellos se levantan los fustes truncados de las estelas honoríficas, y se ve como un gran tablero con sus damas el sitio en que existió la basílica Julia. Más al Sur, las tres columnas del templo de los Dióscuros, empapan en el azur del cielo sus azuladas volutas. A su derecha, sobrepas-

sando el arco ruinoso de Septimio Severo y las altas columnas de las habitaciones de Saturno, las casas de la Roma cristiana y el hospital de mujeres, escalonan sobre el Capitolio sus fachadas más amarillas y más fangosas que las aguas del Tiber. Hacia su izquierda se levanta el Palatino, flanqueado por grandes arcos rojos y coronados de encina. Y bajo sus pies, de uno á otro monte, entre las losas de la vía sagrada tan estrecha como una calle de aldea, salen de tierra, muros de ladrillo y bases de mármol, restos de los edificios que cubrían el Forum en tiempo de la fuerza latina. El trébol, la avena, y la hierba de los campos que el tiempo ha sembrado sobre su cumbre abatida, les forman un rústico techo donde flamea la amapola. Restos de entablamientos derrumbados, multitud de pilares y de altares, hacinamiento confuso de cercados y graderías; todo eso no pequeño por cierto, pero de una grandeza contenida y opresa.

Sin duda, Nicolás Langelier, enumeraba en su espíritu la multitud de monumentos, antaño comprendida en aquel espacio ilustre.

—Esos edificios, dijo, de proporciones sabias y de dimensiones moderadas, estaban separados unos de otros por callejuelas umbrosas. Existían allí «vicoli» de esos que se aman en los países de sol, y los

magnánimos sobrinos de Remo, después de haber oído á los oradores, encontraban á lo largo de los templos, para comer y dormir, rincones frescos y mal olientes, donde las cáscaras de sandía y las conchas de ostras no eran barridas nunca.

Ciertamente las tiendas que bordeaban la plaza, exhalaban poderosos tufos de cebolla, de vino, de frituras y de queso. Los mostradores de las carnicerías estaban cargados de viandas, espectáculo grato á los robustos ciudadanos, y fué á uno de esos carniceros á quien Virginius arrebató el cuchillo con que mató á su hija. Sin duda había también allí joyeros y vendedores de dioscellos domésticos, protectores del hogar, del establo y del jardín. Todo lo que necesitaban los ciudadanos para vivir se hallaba reunido en aquella plaza. El mercado y los almacenes, las basílicas, es decir, las bolsas de comercio y los tribunales civiles; la curia, ese consejo municipal que llegó á ser el administrador del universo; las prisiones cuyos subterráneos exhalaban una hediondez temible; los templos, altares, primeras necesidades para los italianos que siempre han tenido algo que pedir á las potencias celestes.

Fué allí, en fin, donde se cumplieron durante tantos siglos los actos vulgares ó singulares, casi siempre insípidos, á menudo odiosos ó ridículos, algunas veces generosos, cuyo conjunto constituye la vida augusta de un pueblo.

—Qué es lo que se ve en medio de la plaza delante de las bases honoríficas, preguntó M. Goubin, que armado de su lorgnon, notaba una novedad en el antiguo Forum y quería estar informado.

José Leclerc le respondió amablemente, que eran los cimientos del coloso de Domiciano, recién desenterrados.

Después designó con el dedo, uno después de otro, los monumentos descubiertos por Giacomo Boni, durante cinco años de fructuosas excavaciones: la fuente y el pozo de Juturna al pie del monte Palatino; el altar levantado sobre la hoguera de César y cuya subestructura se extendía á sus pies,

enfrente de los Rostros: la estela arcaica y la tumba legendaria de Rómulus, que cubre la negra piedra del Comicio; y el «lago» de Curcius.

El sol, que había descendido detrás del Capitolio, hería con sus últimas flechas el arco triunfal de Tito sobre la alta Velia. El cielo, donde hacía el occidente, bogaba la blanca luna, permanecía azul como al mediodía. Una sombra igual, tranquila y clara, llenaba el Forum silencioso. Los terraceros bronceados excavaban aquel campo de piedras, mientras que, prosiguiendo el trabajo de los antiguos reyes, sus camaradas hacían girar la rueda de un pozo para sacar el agua, que aún moja el lecho en que dormía, en los tiempos del piadoso Numa, el Velabro ceñido de juncos.

Cumplían su tarea con orden y vigilancia. Hipólito Dufresne, que hacía muchos meses los veía asiduos en el trabajo, inteligentes y prontos á cumplir las órdenes recibidas, preguntó al director de las excavaciones cómo obtenía de sus obreros un servicio tan bueno.

—Viviendo como ellos, respondió Giacomo Boni, remuevo con ellos la tierra, los pongo al tanto de lo que juntos buscamos, les hago sentir la belleza de nuestra obra común. Se interesan en los trabajos cuya grandeza sienten confusamente. Yo los he visto pálidos de entusiasmo cuando descubrieron la tumba de Rómulus. Soy su compañero de cada día, y si uno de ellos cae enfermo, voy á sentarme junto á su lecho. Cuento con ellos como ellos cuentan conmigo. He allí cómo es que tengo obreros fieles.

—Boni, mi querido Boni, exclamó José Leclerc, bien sabéis si admiro vuestros trabajos y si me conmueven vuestros bellos descubrimientos, y sin embargo, echo de menos, permitidme que os lo diga, los tiempos en que los rebaños pastaban sobre el Forum sepultado. Un buey blanco de ancha frente, plantada de cuernos abiertos, rumiaba en el campo desierto; un pastor dormitaba al pie de una alta columna que salía de las hierbas. Y pensaba uno: Fué

aquí donde se agitó la suerte del mundo. Desde que ha dejado de ser el Campo Vaccino, el Forum se ha perdido para los poetas y para los enamorados.

Juan Boilly arguyó lo mucho que esas excavaciones, practicadas con método, contribuían al conocimiento del pasado. Y habiendo versado la conversación sobre la filosofía de la historia romana:

—Los latinos, dijo, eran razonables hasta en su religión. Conocieron dioses parsimoniosos, vulgares, pero llenos de buen sentido y magnánimos á veces. Que se compare ese Panteón romano, compuesto de militares, de magistrados, de vírgenes y de matronas, á las diabluras pintadas sobre las paredes de las tumbas etruscas, y se verán frente á frente la razón y la locura. Las escenas infernales trazadas en las cámaras funerarias de Corneto, representan los monstruos de la ignorancia y del miedo. Nos aparecen tan grotescas como el Juicio Final de Orcagna, en Santa María la Nueva, de Florencia, y como el infierno del Camposanto de Pisa, mientras que el Panteón latino presenta constantemente la imagen de una sociedad bien organizada. Los dioses de los Romanos eran como ellos, laboriosos y buenos ciudadanos. Eran dioses útiles; cada uno tenía su función. Las ninfas mismas ocupaban empleos civiles y políticos.

«Acordaos de Juturna, cuyo altar hemos visto tantas veces al pie del Palatino.

«No parecía destinada por su nacimiento, sus aventuras y sus desgracias á desempeñar un empleo regular en la ciudad de Rómulo. Era una Rútula indignada. Amada por Júpiter, había recibido del Dios la inmortalidad, cuando el rey Turnus fué matado por Eneo, por orden de los Destinos, no pudiendo morir con su hermano, se arrojó al Tiber para huir al menos de la luz. Durante largo tiempo los pastores del Lacium contaron la aventura de la ninfa viviente y dolorida en el fondo del río. Y más tarde, los aldeanos de la Roma rústica, que de noche se inclinaban sobre el pretil, creyeron ver á la claridad de la luna, á la ninfa entre ve-

los glaucos, bajo las cañas. Y bien! los romanos no la dejaron ociosa, entregada á sus dolores. Al punto les vino la idea de darle una ocupación seria. Le confiaron la custodia de sus fuentes, hicieron de ella una diosa municipal. Así con todas sus divinidades. Los Dióscuros, cuyo templo ha dejado ruinas tan bellas, los Dióscuros, los dos hermanos de Helena, astros claros, los Romanos los emplearon como estafetas al servicio del Estado. Fueron los Dióscuros quienes vinieron sobre un caballo blanco anunciando á Roma la victoria del lago Regilio.

«Los italianos no pedían á sus dioses sino bienes terrestres y ventajas sólidas. A ese respecto, á pesar de los terrores asiáticos que han invadido á Europa, sus sentimientos religiosos no han cambiado. Lo que exigían antes de sus dioses y de sus genios, lo esperan hoy de la Madona y de sus santos. Cada parroquia tiene su bienaventurado, á quien se llena de comisiones, como á un diputado. Hay santos para la viña, para los cereales, para el ganado, para el cólico y para el dolor de muelas. La imaginación latina ha repoblado el cielo de una multitud de figuras animadas, y ha hecho del monoteísmo judío un nuevo politeísmo. Ha alegrado el evangelio con una rica mitología; ha restablecido un comercio familiar entre el mundo divino y el mundo terrestre. Los campesinos exigen milagros de sus santos y protectores y los llenan de invectivas si el milagro tarda en llegar. El campesino que inútilmente había solicitado un favor del Bambino, vuelve á la capilla, y dirigiéndose esta vez á la Incoronata:

—«No es á tí á quien hablo, hi de puta, dice, sino á tu santa madre. Las mujeres interesan á la «Madre di Dio» en sus amores. Piensan con razón que es mujer y que no hay que tener cumplimientos con ella. Nunca tienen temor de ser indiscretas, lo cual es una prueba de su piedad. Por eso hay que admirar la oración que dirigía á la Madona una hermosa muchacha de la Riviera de Génova: «Santa Madre de Dios, tú que concebiste sin pecar, concédeme la gracia de pecar sin concebir.»

Nicolás Langelier, hizo observar en seguida que la religión de los romanos se prestaba á las empresas de su política.

—Sellada de un carácter fuertemente nacional, dijo: es capaz, sin embargo, de penetrar á los pueblos extranjeros y de ganarlos por su espíritu sociable y tolerante. Era una religión administrativa que se propagaba sin trabajo con el resto de la administración.

—Los Romanos amaban la guerra, dijo M. Goubin, que evitaba cuidadosamente las paradojas.

—No amaban la guerra por sí misma, replicó Juan Boilly. Eran bastante razonables para ello. Se reconoce en ciertos indicios que el oficio militar les parecía duro. El Sr. Miguel Breal les dirá á Uds. que la palabra que significaba al principio propiamente la furnitura del soldado, «*aerumna*,» tomó en seguida el sentido general de fatiga, de abrumamiento, de miseria, de dolor, de prueba y de desastre. Esos campesinos eran como los demás. No marchaban sino compelidos á ello. Y sus mismos jefes, los grandes propietarios, no guerreaban ni por el placer ni por la gloria. Antes de ponerse en campaña, consultaban veinte veces su interés y pesaban atentamente sus ventajas.

—Sin duda, dijo M. Goubin, pero su condición y el estado del mundo los obligaba á estar siempre en armas. Así fué como llevaron la civilización hasta los confines del mundo conocido. La guerra es un incomparable instrumento de progreso.

—Los latinos, añadió Juan Boilly, eran cultivadores que hacían guerra de cultivadores. Sus ambiciones fueron siempre agrícolas. Exigían del vencido, no dinero, sino tierras, todo ó parte del territorio de la confederación sometida, una tercera parte comunmente, por amistad, como decían, y porque eran moderados. Donde el legionario había plantado su pica, el colono venía al día siguiente á pasar su arado. Fué por el labrador por quien aseguraron sus conquistas. Soldados admirables, sin duda, disciplinados, pacientes, valerosos, que se batían y se hacían batir como los demás!

Campeños más admirables aún! Si se admira uno de que hayan ganado tantas tierras, hay que admirarse más aún de que las hayan conservado. El prodigio es que habiendo perdido muchas batallas, no hayan cedido esos obstinados campesinos ni un solo pie de tierra.

Mientras que así disputaban, Giacomo Boni veía con ojo hostil la alta casa de ladrillos que se levanta al norte del Forum sobre muchas hiladas de subestructuras antiguas.

—Debemos ahora, dijo, explorar la curia Julia. Espero que pronto podremos derribar la sólida construcción que cubre sus restos. No le costará mucho al Estado comprarla para la piqueta. Sobre nueve metros de tierra que corona el convento de San Adrián, se extienden las losas de Diocleciano que restauró la Curia por última vez. Encontraremos seguramente en los escombros muchas de esas tablas de mármol, sobre las cuales las leyes estaban grabadas. Le importa Roma y á Italia, le importa al mundo entero que los vestigios del Senado romano sean devueltos á la luz.

Luego rogó á sus amigos que entraran á la cabaña hospitalaria y rústica como la casa de Evandro.

Se componía de una sala única donde se levantaba una mesa de madera blanca, cargada de negros vasos de arcilla y de informes restos que exhalaban un olor de tierra.

—Lo prehistórico! suspiró José Leclerc. Así, mi querido Giacomo Boni, no contento con buscar en el Forum los monumentos de los Emperadores, los de la República y los de los Reyes, os internáis ahora en los terrenos que llevaron una flora y una fauna desaparecidas, ahondáis en el cuaternario, en el terciario, penetráis en el plioceno, en el mioceno, en el eoceno; de la arqueología latina pasáis á la arqueología prehistórica y á la paleontología. Se inquietan en los salones de las profundidades á que descendéis. La condesa Pasolini no sabe en dónde os detendréis; y os representan en un pequeño periódico satírico, saliendo por los antipodas y suspirando:

«Adesso va bene!»

Boni parecía no haber oído.

Examinaba con una atención profunda un vaso de arcilla aún húmedo y cenagoso. Sus ojos claros y cambiantes se ensombrecían cuando escrutaba sobre esa pobre obra humana algún indicio aún no percibido del pasado misterioso. Y se hacían de un azul pálido entre lo vago de la meditación.

—Esos restos que veis allí, dijo por fin, esos pequeños ataúdes de madera no pulida y esas urnas de negra arcilla, en forma de cabaña, conteniendo huesos calcinados, fueron recogidos bajo el templo de Faustina, al noroeste del Forum.

«Se encuentran lado á lado urnas negras llenas de cenizas y esqueletos acostados en su ataúd como en un lecho. Los griegos y los romanos practicaban á la vez el entierro y la incineración. Sobre la Europa entera, en épocas anteriores á toda historia, las dos costumbres se seguían al mismo tiempo, en la misma ciudad, en la misma tribu. Esos dos modos de sepultura corresponden á dos razas, á dos genios? Yo así lo creo.

Tomó en sus manos, con un gesto respetuoso y casi ritual, un vaso en forma de cabaña que contenía una poca de ceniza.

—Aquellos, dijo, que en tiempos inmemorables modelaban así la arcilla, pensaban que el alma, enlazada á los huesos y á las cenizas, tenía necesidad de una habitación, pero que no le era necesaria una muy grande para vivir la vida disminuida de los muertos. Eran hombres de una noble raza venida del Asia. Este de quien levanto la ceniza ligera, vivió antes de los tiempos de Evandro y del pastor Faústulo.

Y agregó, complaciéndose en hablar como los antiguos:

—Entonces, el rey Italus ó Vitulus, el dios Buey, ejercía su dominio pacífico sobre esta comarca prometida á tanta gloria. Entonces, se extendían sobre la tierra ausoniana los reinos monótonos de los rebaños. Esos hombres no eran ignorantes ni groseros. Habían recibido de sus antecesores muchas enseñanzas preciosas. Conocían los navíos y el remo. Practicaban el arte de so-

meter á los bueyes al yugo y de ligarlos al timón. Encendían á voluntad el fuego divino. Recogían la sal, trabajaban el oro, modelaban y cocían vasos de arcilla. Sin duda comenzaban á trabajar la tierra. Se cuenta que los pastores latinos se hicieron labradores bajo el reino fabuloso del buey. Cultivaban el centeno, la cebada, la espelta. Cocían pieles con agujas de hueso. Tejían y quizás hacían mentir la lana en colores variados. Medían el tiempo sobre las faces de la luna. Contemplaban el cielo y encontraban la tierra. Veían al lebrél que guarda para el amo Diospiter el rebaño de las estrellas. Reconocían en las fecundas nubes los ganados del sol, las vacas alimentadoras de las campiñas azules. Adoraban á su padre el cielo y á su madre la tierra. Y en la noche, oían los carros de los dioses, como ellos emigradores, hollar con sus ruedas macizas los senderos de la montaña. Amaban la luz del día y soñaban con tristeza en la vida de las almas entre el reino de las sombras.

«Esos Aryos de gran cabeza, sabemos que eran rubios, puesto que los dioses, hechos á su imagen, eran rubios. Indra tenía los cabellos como las espigas del centeno, la barba como los pelos del tigre. Los griegos se representaban á los dioses inmortales con ojos azules ó glaucos y cabelleras de oro. La diosa Roma era «flava et candida.» En la tradición latina, Rómulo y Remo tienen la crin amarilla.

«Si pudieran reconstruirse esas osamentas calcinadas, veríais aparecer las puras formas aryas. En esos cráneos anchos, en esas cabezas cuadradas como la primera Roma que debían fundar sus hijos, reconoceríais á los abuelos de los patricios de la República, la cepa, largo tiempo vigorosa, que produjo los tribunos, los pontífices y los cónsules; tocaríais el soberbio molde de esos robustos cerebros que construyeron la religión, la familia, el ejército, el derecho público de la ciudad más fuertemente organizada que jamás existió.

Habiendo colocado lentamente sobre la mesa rústica la urna de arcilla, Giacomo

Boni se inclina sobre un ataúd del tamaño de una cuna, ahuecado en un tronco de encina y semejante por la forma á las primeras barcas de los hombres. Levantó la delgada pared de corteza que cubre esta navecilla funeraria y hace aparecer osamentas delicadas como un esqueleto de pájaro. Del cuerpo ya no subsiste más que la espina dorsal, y se creería ver un vertebrado de los más humildes, un gran lagarto, si la amplitud de la frente no revelara al hombre. Perlas coloridas desgranadas de un collar, cogidas por la tierra crasa y lavadas por las aguas subterráneas cubren esos huesos morenos.

—Mirad ahora, dijo Boni, ese pequeño que fué no incinerado con honor, sino sepultado y devuelto todo entero á la tierra de donde había salido. No es un hijo de los jefes, un noble heredero de los hombres rubios. Pertenece á la raza indígena del Mediterráneo, que fué luego la plebe romana y proporciona aún hoy á Italia abogados sutiles y calculadores. Nació en la ciudad palatina de los Siete Montes en una época desvanecida para nosotros bajo leyendas heroicas. Es un niño romuleano. Entonces el valle de las siete colinas formaba un pantano y el Palatino no estaba cubierto sino de cabañas de juncos. Una pequeña lanza fué depositada en el ataúd para indicar que el niño era un varón. No tenía más de cuatro años cuando se quedó dormido en la muerte. Entonces su madre abrochó sobre él una bella túnica y le ciñó el cuello con un collar de perlas. Los de su tribu no lo dejaron sin ofrendas. Depositaron sobre su tumba, en vasos de arcilla negra, leche, habas, un racimo de uvas. Yo he recogido esos vasos y he fabricado semejantes con la misma tierra sobre un fuego prendido por la noche en el Forum. Antes de decirle adiós, comieron y bebieron juntos una parte de lo que habían llevado, y esa comida fúnebre les hizo olvidar su pena. Niño que duermes desde los días del dios Quirinus, un imperio ha pasado sobre tu agreste ataúd y los mismos astros que brillaban sobre tu nacimiento van á encenderse en es-

tos instantes sobre nuestras cabezas! El insondable espacio que separa tus horas de las nuestras no es más que un momento imperceptible en la vida del universo.

Después de un momento de silencio:

—La mayor parte de las veces, dijo Nicolás Langelier, es tan difícil distinguir en un pueblo las razas que lo componen, como seguir en el curso de un río los arroyos que en él desembocan. Qué cosa es una raza? Existen verdaderamente razas humanas? Yo veo que hay hombres blancos, hombres negros y hombres rojos. Pero esas no son razas, sino variedades de una misma raza, de una misma especie, que forman entre ellas uniones fecundas y se mezclan sin cesar. Con mayor razón el sabio no conoce muchas razas amarillas, muchas razas blancas. Pero los hombres imaginan razas al antojo de su orgullo, de su odio y de su avidez. En 1871, la Francia fué desmembrada en virtud de los derechos de la raza germánica. Los antisemitas encienden contra la raza judía la cólera de los pueblos cristianos, y no hay raza judía.

«Lo que yo digo, Boni, es por especulación pura y no para contradeciros. Cómo no creeros? La persuasión habita sobre vuestros labios. Y asociáis en vuestro espíritu, á las extensas verdades de la ciencia, las verdades profundas de la poesía. Como lo habéis dicho, los pastores venidos de la Bactriana han poblado la Grecia y la Italia. Como lo decís, han encontrado á los aborígenes. Era en la antigüedad una creencia común á los Italianos y á los Helenos que los primeros hombres que poblaron su país habían nacido de la tierra, como Erecteo. Y no contradigo, mi querido Boni, que podáis seguir á través de los siglos á los autóctonos de vuestra Ausonia y á los emigrantes venidos de Pamir; éstos, patricios llenos de valor y de fe; aquéllos, plebeyos ingeniosos y avisados. Pues, en fin, si no hay, propiamente hablando, muchas razas humanas, y si menos aún existen muchas razas blancas, se observa seguramente en nuestra especie, variedades distintas y á veces muy caracterizadas. Por lo demás, no

hay nada de imposible en que dos ó más de esas variedades vivan largo tiempo juntas sin fundirse y guarden cada una sus caracteres particulares. Y aun á veces, esas diferencias, en lugar de borrarse con el tiempo bajo la acción de las fuerzas plásticas de la Naturaleza, pueden, al contrario, bajo el imperio de costumbre inmutables y por la fuerza de las instituciones sociales, acusarse de siglo en siglo más profundamente.

—«E proprio vero,» murmuró Boni, colocando la tapa de encina sobre el niño romuleano.

Luego ofreció asientos á sus huéspedes, y dijo á Nicolás Langelier:

—Ahora tenéis que cumplir vuestra promesa y leernos esa historia de Gallion que os he visto escribir en vuestra pequeña sala del «Foro Traiano.» Hacíais hablar á los romanos. Aquí es donde conviene oiros, en un rincón del «Forum,» cerca de la vía sagrada, entre el Capitolio y el Palatino. Daos prisa para no ser sorprendido por el crepúsculo y por temor de que vuestra voz no sea pronto cubierta por los gritos de los pájaros que se advierten entre ellos la llegada de la noche.

Los huéspedes de Giacomo Boni acogieron esas palabras con un murmullo favorable, y Nicolás Langelier, sin esperar ruegos más insinuantes, desenrolló un manuscrito y leyó lo que sigue:

II

GALIÓN

En el año 804, después de la fundación de Roma y 13 del principado de Claudio César, Junius Anaeus Novatus era procónsul de Acaia. Descendiente de una familia ecuestre originaria de España, hijo de Séneca el Retórico y de la virtuosa Helvia, hermano de Anaeus Mela y del célebre Lucius Anaeus, llevaba el nombre de su padre adoptivo, el retórico Galión, desterrado por Tiberio. Su madre era de la sangre de Cicerón y había heredado de su padre, con in-

mensas riquezas, el amor de las letras y de la filosofía. Leía las obras de los Griegos más cuidadosamente aún que las de los latinos. Una inquietud noble agitaba su espíritu. Era un curioso de la física y de todo lo que se añade á la física. La actividad de su inteligencia era tan viva, que escuchaba lecturas tomando su baño y que llevaba sobre sí, hasta yendo de caza, sus tabletas de cera y su estilete. En los ocios que sabía procurarse en medio de las más graves atenciones y los más vastos trabajos, escribía libros sobre las cuestiones naturales y componía tragedias.

Sus clientes y sus libertos ponderaban su dulzura. Era, en efecto, de un carácter bondadoso, y nunca se había visto que se abandonara á la cólera. Consideraba la violencia como la peor de las debilidades y la menos perdonable.

Execraba todas las crueldades, cuando su verdadero carácter no le escapaba á favor de una larga costumbre y de la opinión pública. Y aun á menudo, en las severidades consagradas por el uso de los antepasados y santificadas por las leyes, descubría excesos detestables contra los cuales se revelaba y que hubiera intentado destruir si no se le hubiera opuesto de todas partes el interés del Estado y la salud pública. En esa época los buenos magistrados y los funcionarios honrados no eran raros en el imperio. Los había tan probos y tan equitativos como Galión, pero quizá en ningún otro se hubiera encontrado tanta humanidad.

Encargado de administrar esa Grecia despojada de sus riquezas, desposeída de su gloria, caída de su libertad agitada en una tranquilidad ociosa, recordaba que ella había en un tiempo enseñado al mundo la sabiduría y las artes, y unía en su conducta con ella, á la vigilancia de un tutor, la piedad de un hijo. Respetaba la independencia de las ciudades y los derechos de las personas. Honraba á los hombres verdaderamente griegos por el nacimiento y la educación, pesaroso únicamente de no descubrir más que un pequeño número y de ejercer las más veces su autoridad sobre una

multitud infame de judíos y de sirios, justo, sin embargo, con esos asiáticos, y felicitándose por ello como de un virtuoso esfuerzo.

Residía en Corinto, la ciudad más rica y más poblada de la Grecia Romana. Su villa construida en tiempo de Augusto, agrandada y embellecida después por los procónsules que se habían sucedido en el gobierno de la provincia, se levantaba sobre las últimas laderas occidentales del Acrocorinto, cuya melénuda cúspide soportaba el templo de Venus y los bosquetes de las hieródulas. Era una casa bien vasta, rodeada de jardines, de árboles copudos, regado por aguas vivas, ornado de estatuas, de exedras, de gimnasios, de baños, de bibliotecas y de altares consagrados á los dioses.

Allí se paseaba una mañana, según su costumbre, con su hermano Anaeus Mela, conversando sobre el orden de la Naturaleza y las vicisitudes de la fortuna. En el cielo rosa, el sol se levantaba húmedo y cándido. Las suaves ondulaciones de las colinas del Istmo ocultaban la ribera sarónica, el Estadio, el santuario de los juegos, el puerto oriental de Kenkhes. Pero se veía entre los flancos salvajes de los montes Geranianos y el rosado Helicón de doble cima, dormir el mar azul de los Alciones. A lo lejos, hacia el septentrión, brillaban las tres cimas nivosas del Parnaso. Galión y Mela avanzaron hasta el borde de la alta terraza. A sus pies se extendía Corinto sobre una vasta planicie de arena pálida, inclinada suavemente hacia los bordes espumosos del golfo. Las losas del foro, las columnas de la basílica, las gradas del circo, los blancos peldaños de los propileos brillaban, y los techos dorados de los templos lanzaban vivos rayos. Vasta y nueva, la ciudad estaba cortada por calles rectas. Una ancha vía descendía hasta el puerto de Lecke, bordeado de almacenes y lleno de navíos. Al occidente, la tierra estaba ofendida por el humo de las fraguas y por los arroyos negros de las tintorerías, y de ese lado, selvas de pinos, extendiéndose hasta el horizonte, se confundían con el cielo.

Poco á poco la villa se despertó. El re-

lincho de un caballo desgarró el aire matinal, y se comenzaron á oír ruidos sordos de ruedas, gritos de carreteros y el canto de las vendedoras de legumbres. Saliendo de sus guaridas, á través de los escombros del palacio de Sisifo, viejas mujeres ciegas, llevando sobre la cabeza urnas de cobre, iban conducidas por niños á traer agua de la fuente Pirena. Sobre los techos planos de las casas que contorneaban los jardines del procónsul, mujeres corintias extendían lienzos para hacerlos secar, y una de ellas azotaba á su hijo con tallos de hierba. En el camino hueco que subía al Acrópolis, un viejo medio desnudo, color de bronce, agujoneaba el anca de un asno cargado de lechugas y cantaba entre su boca desdentada, en su barba ruda, una canción de esclavo:

Como yo he trabajado,
Trabaja, burro,
Y habrá de convenirte,
Tenlo seguro!

Mientras, al espectáculo de la villa, volviendo á emprender su trabajo de cada día, Galión se echó á soñar en aquella primera Corinto, la bella jónica, ópulenta y alegre, hasta el día en que vió á sus conciudadanos asesinados por los soldados de Mumius, sus mujeres las nobles hijas de Sisifo, vendidas en remate, sus palacios y sus templos incendiados, sus muros derribados y sus riquezas amontonadas en las liburnas del cónsul.

—No hace todavía un siglo, dijo, la obra de Mumius subsistía toda entera. Esta ribera que ves, oh mi hermano, estaba más desierta que las arenas de Libia. El divino Julius levantó la villa destruida por nuestras armas y la pobló de libertos. Sobre esta playa, en donde las ilustres Baquiadas ostentaron su fiera indolencia, se establecieron latinos pobres y groseros, y Corinto comenzó á renacer. Creció rápidamente y supo sacar ventaja de su posición. Percibió un tributo sobre todos los navíos que, llegados del Oriente ó del Occidente, anclaban en sus dos puertos de Lecke ó de Kenkhres.